



LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

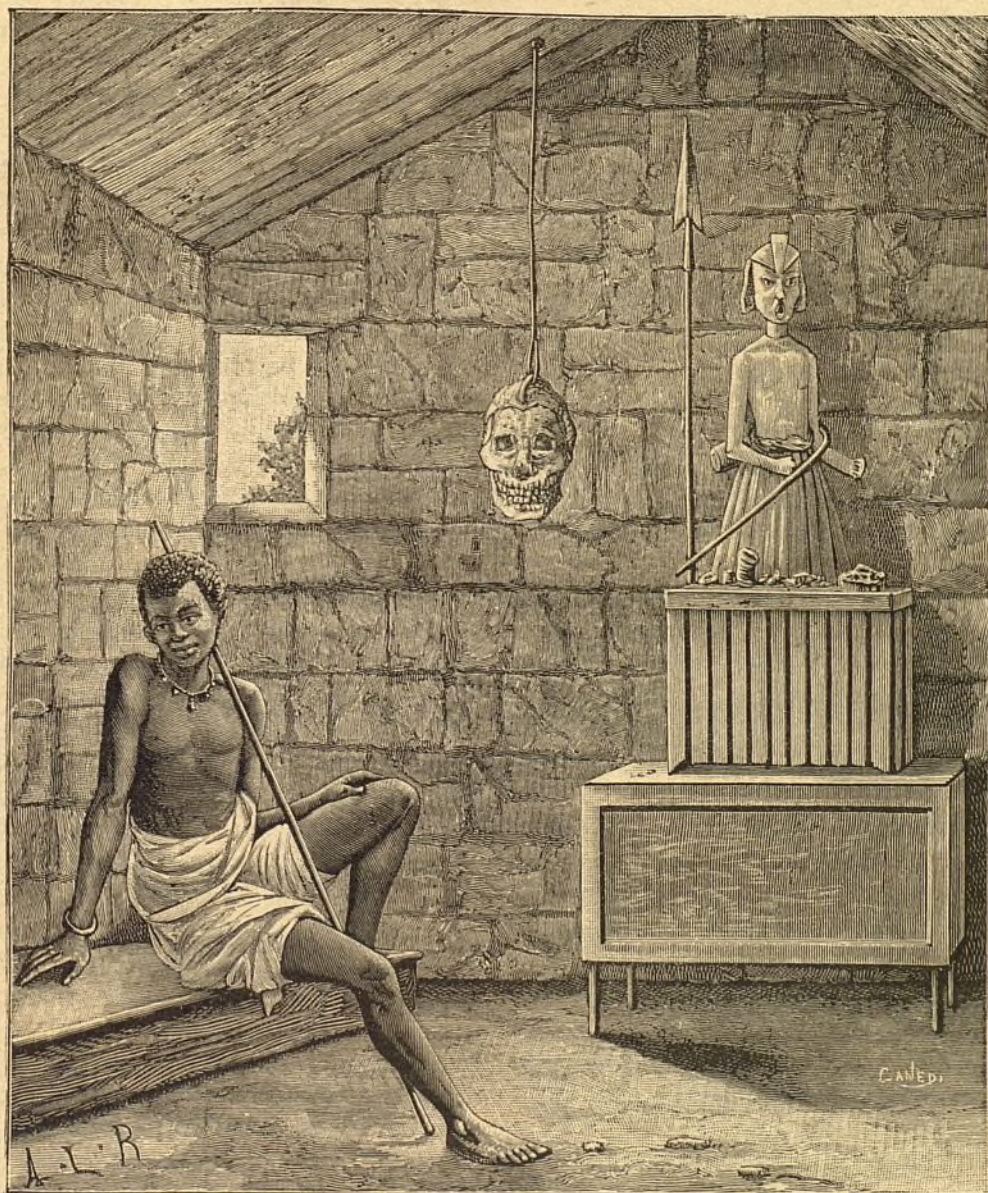
Se publica el 15 de cada mes

Año VIII.—Sábado, 14 Abril 1900.—N.º 160

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra o sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



MAYO
1900

GABÓN (*Africa Occidental*).—Fetique protector del pueblo (valle del Ogowé).
Reproducción de un dibujo del Ilmo. Le Roy. (Pág. 82)



Texto.—CORRESPONDENCIA: *Filipinas; Nié Kia Sé; Coochinchina Oriental (Anam), Kiang-Nan (China).*—LAS MISIONES CATÓLICAS FRANCESAS EN LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN DE PARÍS.—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—BIBLIOGRAFÍA.—CRÓNICA.—VARIEDADES: Tierra Santa.

Grabados.—GABÓN (*Africa Occidental*): Fetique protector del pueblo (valle del Ogowé).—JAPÓN: Bonzo en traje de ceremonia.—JOVEN BONZO.—CAJA DE MADERA DONDE GUARDAN EL OSO DESTINADO AL SACRIFICIO.—GABÓN: Fetiques protectores de un sembrado cívico: hojas secas de lanana consagradas por un fetique.—GABÓN: Sepulcro de un ma-rango (valle del Ogowé) con ofrendas y fuego.—Y HABIÉNDOLE DESCOLGADO DE LA CRUZ, LE ENVOLVIÓ EN UNA SÁBANA, Y LE COLOCÓ EN UN SEPULCRO ABIERTO EN PEÑA VIVA, EN DONDE NINGUNO HASTA ENTONCES HABÍA SIDO SEPULTADO.—MU-ZIMU cerca de un *baobal*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



FILIPINAS

A la amabilidad del M. R. P. Fr. Tirso López, agustino, debemos el siguiente interesante relato del doloroso cautiverio sufrido en aquellas islas por el Hermano de la misma Orden Fr. Venancio Aguinaco.

DESPUÉS de dieciséis meses de cautiverio penosísimo, no puedo menos de escribir á V. R. para testificarle mi agradecimiento por los consejos santos y piadosas prácticas que con sus sabias lecciones supo, al igual que el Ilmo. Sr. Fr. José López, inculcar en mi corazón, y que de tan dulce lenitivo han sido para mi alma durante la larga serie de mis padecimientos: reciba, pues, V. R. y reciba también mi inolvidable Padre, el Ilmo. López, la expresión más sincera de la gratitud del último de sus hijos, y perdonen les moleste con el mal pergeñado relato de algunos detalles del pasado cautiverio:

Era el 26 de Agosto del año 1898, funesto para nuestra desgraciada España, cuando hallándonos reunidos en la colonia de San Agustín en la Tralda, con el Padre Labranda y el P. Cabrero, nos dieron la desagradable nueva de que numerosos grupos insurrectos habían ocupado Aparri, Nueva Vizcaya y toda la costa, resueltos á no dejar escapar un solo español de cuantos nos encontrábamos en el valle de Cagayán, propósito que en su totalidad realizaron unos días después, apisionando á eclesiásticos, militares y civiles.

Difícil ha de serle imaginar lo penoso de nuestra existencia desde la fecha citada hasta el 18 de Septiembre, día en que fuimos hechos prisioneros. Siempre temiendo ver llegar aquellos que sabíamos anhelaban ser nues-

tros verdugos, el día de nuestro Padre San Agustín di principio á los Siete Domingos en honor de San José, para que el glorioso Patriarca me alcanzara del cielo protección y valor, pues la tierra sólo nos brindaba horroroso martirio. El 18 era domingo y fiesta de Santo Tomás de Villanueva: hacía el cuarto domingo á San José, y conforté mi alma con el Pan de los Angeles, encomendándome muy de veras al Rey de los cielos y á su Padre adoptivo, pues teníamos noticia de que los insurrectos hacía dos días que habían ocupado Ilagán. Lloraban los colonos temiendo por nuestra suerte, pues circulaban graves noticias del trato que á los frailes dispensaban, cuando al caer la tarde y después del toque de oraciones los vimos dirigirse á la casa en que nos hallábamos. Encomendándonos de todo corazón á Dios y á la Virgen su Madre, salimos á la puerta á recibirlos. Empuñando los rifles cargados, amenazando disparar, y saludándonos con blasfemias las más horribles, entraron tres que dejaron sobre la mesa las armas que empuñaban, y nos exigieron la entrega del dinero que teníamos y del libro de cuentas. Cuando hubimos cumplido sus órdenes empezaron á darnos de palos, bofetadas y puntapiés al compás de inmundas blasfemias inspiradas por el mismo Satán, de palabras impuras, soeces, las más viles que pueda la lengua humana pronunciar.

Cansados de tan bárbara faena, nos ataron de piés y manos cual en nuestra española tierra están los cordeiros destinados al sacrificio, y pasando por entre piés y manos un largo palo nos colgaron y comenzaron á echarnos agua á la cara hasta que entre atroces tormentos creían íbamos á expirar: entonces, como no deseaban matarnos, suspendían la entretenida operación, esperaban recobráramos nuestras fuerzas, y luego vuelta otra vez, hasta que fastidiándose de repetirlo ocurrióse al *comandante* José Leiba pisotear mi rostro y moler á patadas mi macerado cuerpo, que las recibía inmóvil, pues á ello le obligaban las fuertes ataduras. Cuanto teníamos nos lo robaron: por fortuna logré conservar la *Imitación de Cristo* y el opúsculo de los *Siete Domingos de San José*, libros que me sirvieron de gran consuelo durante mi interminable cautiverio. Desatando piés y manos me ordenaron cambiar el vestido que el tormento del agua lo mojó mucho, y preparar un lío de ropa, pues debíamos salir á caballo con ellos.

Así lo hicimos, llegando á Gamú á la una, y encerrándonos junto con el Padre de dicho pueblo en una habitación del convento, donde permanecimos hasta el 20, que salimos para Ilagán, acompañados de otros dos Padres nuevos prisioneros. El comandante nos obligó á recorrer las calles de la villa con la maleta al hombro, y luego nos encerraron en una habitación del convento, donde nos reunimos diecinueve Religiosos, dieciséis de los cuales eran Padres Dominicos.

El día 27 nos trasladaron á la cárcel, y allí por toda comida nos daban un poco de morisqueta y otro poco de mal cocido cerdo. La puerta siempre abierta permitía la entrada á cuantos deseaban insultarnos. Nos obligaban á barrer la calle, arrancar las hierbas de la plaza, barrer y limpiar los cuarteles y la comandancia, y por las noches tocar la música y bailar á su compás. A pesar de tantos sufrimientos, cuando en la cárcel nos

reuníamos todos, la santa familiaridad cristiana hacía revivir el perdido buen humor, y pasábamos largas horas de amena conversación. ¡Con cuánta claridad vimos la mano generosa de la Providencia!

El día 3 de Octubre, á las primeras horas de la madrugada, obligaron á varios Padres á convertirse en músicos, y juntos con otros que lo eran de oficio, llegar hasta la orilla del río á recibir al *comandante* Leiba. Las siete de la mañana serían cuando me sacaron á mí, y en mangas de camisa y cubierta con teja mi cabeza, forzaronme á bailar en el centro de la calle: imposible describir y horroriza recordarlas las burlas soeces, las mofas inmundas que de aquellas bocas de condenados con satánica fecundidad iban saliendo.

Pero Dios tuvo piedad de nosotros y los *capitanes* Sansón y Salas intercedieron en nuestro favor, y lograron que el *comandante* el día 12 de Octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, nos trasladara á bien dispuesta casa. A partir de esta fecha nuestra situación mejoró mucho: no nos obligaron á bailar, y nos permitieron recibir cuanto con generosidad nos ofrecían. Dignos son de mención especial, entre los que aquellos días nos socorrieron, el médico Feijoó y el juez Cardel, ambos españoles, y Juan Clarabal y varias ilocanas, que venían á ofrecernos sus limosnas, despreciando el temor de los indios catipunas.

El 22 de Noviembre nos distribuyeron por varios pueblos, yendo tres agustinos y cinco dominicos al pueblo de Caguayán. Durante el viaje nos trataron bien; siendo favorablemente acogidos en los dos ranchos donde pasamos las dos noches, y en Naguillán muy obsequiados por el gobernadorcillo, que nos regaló cerveza y comestibles para el viaje.

Llegamos á Cagayán y nos encerraron en pobre casucha, donde nos tuvieron olvidados y sin darnos de comer dos largos días, que no morimos de hambre gracias á lo que nos dieron los gobernadorcillos (hoy se llaman presidentes locales) de Ilogán y Naguillán, á una tinaja de galleta y á dos latas de chocolate que nos mandó D. Paulino Pomar, jefe de la Compañía tabacalera en la Isabela.

Como supieran que el tribunal quería alimentarnos con maíz, D. Mariano López y D. Enrique Andrade nos regalaron dos sacos de arroz. Pero encerrados en las estrechas habitaciones y sin una gota de agua con que apagar nuestra sed, padecimos no poco recibiendo cada día por única ración cuatro pollitos. Sin embargo, Dios es generoso Padre que nunca desoye las súplicas de sus hijos, y encomendándonos al Patriarca San José, llovía y recogíamos el agua indispensable para preparar la comida y apagar la sed. La india D.^a Antonia Mata, sirviéndose de un catipunán llamado Vicente, nos regalaba también alguna comida.

El 19 de Diciembre recibimos la visita del precitado D. Paulino Pomar, quien habló con todos los del tribunal, pidiéndoles nos dieran cuanto necesitáramos, y nos trasladaran á otra casa mejor, ofreciendo satisfacer todos los gastos. Accedieron los del tribunal, y el 18 de Enero de 1899 nos trasladaron, debiendo desde aquella fecha pagar nuestro bienhechor casa, agua, leña y comida. El 26 del mismo mes, y á consecuencia de tan largos sufrimientos, falleció el P. Domingo Campo, dominico.

Comprendiendo D. Paulino y el almacenero de Reina Mercedes, D. Florencio Cué, quien ofreció mantenernos, lo afflictivo de nuestra situación, hablaron á Constantino González para que influyera en el ánimo del comandante militar á ver si nos permitía trasladarnos á Reina Mercedes, lo que consiguieron el día 29 de Marzo.

Con carros y caballos vinieron á burcarnos Constantino González y Florencio Cué, ambos españoles, acompañándonos el último, junto con el subdelegado de rentas Florentino Luna, á Reina Mercedes, donde nos hospedaron en la mejor casa, dejándonos sin guardias y en libertad de salir á pasear cuanto quisiéramos, dispensándonos no pocas atenciones el presidente y demás del tribunal.

Digno de todo elogio es el celo con que Florencio Cué trabajó para proporcionarnos alimento, recorriendo los ranchos vecinos para reunir provisiones, guisándolo él mismo, y visitándonos frecuentemente junto con el citado Florentino Luna, exhortándonos á tener paciencia y esperar; resumiendo que cuanto diga es poco al elogiar lo que ambos hicieron por nosotros y lo muchísimo que trabajó D. Paulino Pomar, visitando del general al presidente del lugar, y viéndose insultado y despreciado por amor al pobre fraile.

El 29 de Septiembre salimos para Ilogán en buenas embarcaciones debidas á la amabilidad de los Sres. Cué y Luna, para quienes guardaremos eterna gratitud.

Buen recibimiento nos dispensó el comandante militar de Ilogán, indicándonos que íbamos á los pueblos de Amulún, Iqui y Alcalá, donde quedamos á disposición del Sr. Pomar, quien con la generosidad que le caracteriza puso á nuestra disposición buenas embarcaciones. ¡Dios pague á nuestro bienhechor cuanto por nosotros hizo!

El 3 de Octubre llegamos á Alcalá, donde nos reunimos cincuenta y un Religiosos, presididos por el ilustrísimo Sr. Hevia; permaneciendo en dicho pueblo hasta el 22 de Diciembre, día en que salimos para Aparri, donde desembarcamos el 30, llegando sin novedad el 1.^o de año á Manila.

Aquí estamos reunidos ciento cincuenta y seis Religiosos, esperando que el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Plácido L. Chapelle, delegado de Su Santidad, determine si debemos quedarnos ó partir. ¡Dígnese el Señor concederle su santa gracia para que resuelva lo que más convenga á su mayor gloria!

NIE KIA SE (China)

15 de Septiembre de 1898.

Al R. P. Pedro Rodríguez, agustino, debemos la hermosa é interesante correspondencia cuya publicación empezamos, dirigida por el P. Agustín González al M. R. P. Fr. Manuel F. Minguélez, de la misma Orden. Su lectura evidenciará á los subscriptores de las *Misiones Católicas* el santo empeño con que los inclitos españoles Hijos de San Agustín trabajan en catolizar la buena parte que del inmenso imperio chino confió á su celo ardiente el Divino Pastor.

EL mes pasado llegó á mis manos una carta de V. escrita al P. Pedro Rodríguez, que, como todo lo que brota de su pluma, leí con muchísima satisfacción. ¡Loado sea el Señor! pues en medio de las

múltiples ocupaciones que V. tiene pretende contribuir con toda su influencia al sostenimiento material de la Misión hispano-agustiniana establecida en la provincia de Hu-nan, inaccesible aún al comercio europeo. Manifestaba V. en su apreciable carta que nosotros éramos quienes le atábamos las manos para obrar al no comunicarles los sucesos realizados en la viña confiada al celo y vigilancia de los Agustinos españoles: es esto una triste realidad que todos conocemos. ¿Cuál es la causa de tanto mutismo? Entre otras, muchas que á la perspicacia de V. no se ocultan, hay una muy principal, la tradición. Ya sabe V. que los Agustinos han tenido siempre por lema realizar hazañas heroicas y archivarlas en el... vacío: tradición laudable es ésta, como fundada en la humildad; pero en estas críticas circunstancias nos vemos obligados á romperla abriendo nuestra boca bajo pena de morir por consunción. Para complacer, pues, á V. y á otros muchos de mis hermanos de hábito, que en repetidas ocasiones han manifestado idénticos deseos, voy á relatar con la tosquedad que me es propia los principales hechos realizados en esta Residencia de *Nié Kia sé*. Otró fin me propongo además al escribir estas líneas, que es mover el corazón de las almas caritativas para que socorran á nuestra Misión con auxilios espirituales y pecuniarios. España, en castigo de sus pecados y por los errores de sus hombres políticos, ha quedado despojada de la Perla de Oriente, de donde hasta el presente nos venían los auxilios materiales: perdido Filipinas ¿qué apoyo nos queda sino el corazón compasivo de las almas piadosas? ¿Verán éstas con indiferencia el abandono de la Misión agustiniano-española que tantos sudores ha costado, sólo por falta de recursos pecuniarios?

Origen y vicisitudes de la Residencia de Nié Kia sé

Es axioma admitido por todos los teólogos é historiadores que la Iglesia crece y se propaga con las persecuciones, y cuando éstas son más activas, más se manifiesta entonces la virilidad y santidad de la Esposa del Cordero. Tranquilamente vivía en la amable compañía de mi maestro el P. Benito, compartiendo con él las alegrías y pesares del apostolado en el pueblecillo de *Ya lan* (1), situado á orillas del gran río que los chinos llaman *Ta-Kiang*, cuando con la velocidad del relámpago llegó á nuestros oídos la noticia de que los protestantes de *Sin-ti* (provincia de *Hu-pé*) á todo trance intentaban radicarse en *Nié Kia sé*, primer emporio del *té* y el punto más comercial é importante del distrito de *Sin-siang*, para sofocar la buena semilla y ser nuestros sempiternos adversarios. Tratando el dicho Padre y el que esto escribe de los medios más oportunos para detener y cortar de raíz la invasión protestante, convenimos en invitar á un muchacho que pocos días antes del Protestantismo se convirtió á la verdadera Religión. Diez días habían transcurrido próximamente después de nuestra resolución, que en seguida se llevó á efecto, cuando vuelve á *Ya-can* el muchacho contando que la grey cabreriza au-

menta y pretende avasallar á los pocos catecúmenos que allí moran, en vista de lo cual determinamos que fuera el que esto escribe personalmente á dicho punto, para probar si había medio de echar fuera de allí á los protestantes.

El 31 de Julio del año pasado emprendí el viaje para la citada villa, y como era la primera vez que el misionero pisaba aquellas tierras, era necesario darse algún tono, permítame la expresión, razón por la cual invité á cuatro cargadores para que me llevasen en silla (1). Como el tiempo estaba de lluvia los cargadores padecieron mucho, y en varias ocasiones estuvieron á peligro de perniquebrarse y tirarme en los arrozales: en el camino se encuentran varios objetos supersticiosos, cuyas leyendas, si mal no recuerdo, se las escribí al Padre Tirso ó al P. Pedro Rodríguez.

Sin más novedad llegué á *Nié Kia sé*, y aposentéme en casa de un catecúmeno en una habitación que en realidad parecía un horno: á un lado de ella ni un momento cesaban de atizar el fuego para hacer la comida, pues habría cerca de cincuenta habitantes en aquella casa, y al otro había una ventanilla por la que penetraba el sol desde su salida hasta el ocaso: mejor que habitación le cuadraba el nombre de purgatorio: nada digo de los chinches (que los chinos les dan el nombre de *mujeres olorosas*; ironía se llama esta figura) y otros *bichos* que se veían correr y saltar por todas partes, ni de la multitud innumerable de gente curiosa que por doquier me rodeaba, ensimismada de ver y remirar al misionero, del que tantas consejas y supercherías habían oído contar: creían estos infelices como punto indiscutible que el misionero secuestraba chiquillos para sacarles los ojos, el corazón y... no sé qué cosas más, á fin de enviarlas todas á Europa para convertirlas en plata: con estos dicerés y otros más estupendos aún, el pueblo estaba soliviantado completamente: con tales precedentes ¿cómo atreverse á predicar la doctrina evangélica sino confiando en Aquel que «de piedras puede hacer hijos de Abrahán?» Los cargadores, todos neófitos de *Ya-can*, tan pronto como llegaron al término del viaje fueron á las tiendas cada cual á comprar lo que necesitaba: los protestantes que se aperciben de ello les dan una somanta soberana: como los neófitos no les podían pagar en la misma moneda, no tuvieron más remedio que darse á la fuga y venir á quejarse á mí de tan villana fechoría: consuélolos diciendo que den gracias al Señor, pues han tenido ya la dicha de ser despreciados por causa de su santo nombre, y nuestros enemigos con esta acción tan vil, han puesto las armas de la victoria en nuestras manos.

El 1 de Agosto celebré la primera Misa en este punto á puerta cerrada y muy de mañana, sólo en presencia de dos catecúmenos y el muchacho que me sirve: este mismo día visito al mandarín militar y le suplico que juzgue á los zurrantes, de los que sólo pudo prender á uno, pues los demás se refugiaron en *Sin-ti*, nido de protestantes: al preso le castigaron. Da grima ver el modo bárbaro con que las Autoridades castigan al

(1) Dista de Hankoro cuatrocientos *lis*: diez *lis* chinos equivalen próximamente á una legua española.

(1) Téngase en cuenta que en China la litera es el medio más ordinario de viajar, y aún las personas menos acomodadas se sirven de tal vehículo.



JAPÓN.—Bonzo en traje de ceremonia. (Pág. 87)

delincuente: si éste no tiene grado literario, cuatro esbirros le obligan á ponerse boca abajo, y entonces empiezan á despojarle de los pantalones, y uno de los verdugos armado de una caña de bambú de más de un metro de largo, espera la orden del mandarín para comenzar el vapuleo, que ordinariamente lo ejecutan en la parte posterior de los muslos. Si el delincuente posee algún título literario, guárdanle la consideración de no despojarle de la ropa, y se contentan con trescientos palos, obligándole á tocar el timbal, pidiendo perdón de su pecado.

El mandarín local, lo mismo que el militar, me dicen que no se atreven á prender al jefe de los protestantes en esta villa, pues además lo es también de masones: en vista de esto, por medio de un estudiante que me acompaña, escribo al mandarín *Sien* para que nos haga justicia conforme á los tratados, y mando la carta por el muchacho, acompañada del pasaporte, por miedo á que los protestantes acudan también al tribunal superior.

El día de San Lorenzo volví á Ya-lan para confesarme: las molestias que pasé en el camino imposible es describirlas en toda su realidad: con un viento fuerte y abrasador, me puse en camino á pie, y andando con un muchacho que á la legua ya no podía con la carga, pre-

tendí buscar un cargador que le ayudase, pero fué imposible hallarle, pues todos los campesinos andaban muy atareados en las faenas del campo: compadecido del muchacho me presté á ser su Cireneo, repartiendo con él la carga: los viajeros que encontrábamos se estreñaban algo al ver mi figura, y con curiosidad china me preguntaban de dónde era y qué oficio tenía: les contestaba que era quinquillero y natural de *Lo san* (ciudad de Hu-pé), con estas respuestas quedaba satisfecha su impertinente curiosidad: á la tarde nos perdimos, y el viento llegó á arreciar tanto que por dos veces me tumbó con la carga en los arrozales, quedándome en verdad con una figura lastimosa: por varias veces que me sentí desfallecer, pues en todo el día sólo tomé dos huevos por no encontrar más alimento con que fortalecerme. Gracias á San Lorenzo, á quien desde el fondo de mi corazón suplicaba que me auxiliase, al anoecer pude llegar á *Ya-lan*, donde me consolé con el P. Benito.

Volvamos ahora á la cuestión protestante: describirla (1) minuciosamente con sus dares y tomares, mis viajes y visitas al mandarín, su aspecto belicoso (sic), etcétera, etc., sería tarea interminable y que me robaría no poco tiempo, que necesito para atender á otros negocios: baste decir que duró dos meses de continua agitación. Por creer de alguna importancia mi entrevista con el *cabrón* europeo (yanqui), en presencia del mandarín, y la prisión de su cabrito, voy á copiar lo que acerca del asunto consta en mi diario.

Octubre 1.—¡Buena tronada nos amenaza! preparemos las espaldas, pues los cabreros vuelven á la carga: el Señor les confunda.—2. Un cristiano de *Sin ti* viene con la noticia de que los protestantes pretenden ir á *Nié Kia sé* para arrimar la ropa al cuerpo de nuestro muchacho: como el *cabrón* europeo está en *Sin ti* no es de extrañar que les infunda tal *fervor*. A las doce del día viene el yanqui á visitarme en compañía de los dos ¡maestros!! que tiene en *Sin-ti*: le obligo á esperar á la puerta un rato, pasado el cual le admito en visita: viene en son de paz, cuando yo estoy por guerra y guerra á muerte con ellos: me pregunta cuál es la causa por que prendí al cartero de sus predicadores, y le respondo que vaya á inquirirlo á *Nié Kia sé*.

Yanqui.—Invito al Padre para ir juntos á dicho lugar.

Padre.—Solo nada temo, en tu compañía temo mucho; por tanto ande cada cual por su camino... Tus predicadores se vendieron por europeos, y dijeron ante el mandarín militar que la secta protestante era lo mismo que la Iglesia católica.

Predicadores ó cabritos.—No es verdad.

Padre.—Mentís solemnemente, pues me consta con certeza habréis dicho tales palabras: si no me creéis id á preguntar al mandarín militar de *Nié Kia se*.

Yanqui.—Iré.

Padre.—Muy bien.

Yanqui.—Suplícole ponga en libertad al cartero.

Padre.—Convengo en ello, pero antes se juzgará el doble crimen de tus predicadores; á saber, venderse por europeos, y propalar que tu secta es lo mismo que la Iglesia católica.

(1) El P. Pedro Rodríguez la posee minuciosamente descrita.

El yanqui no responde palabra y teme que se las pela, y me suplica mande que se retiren los muchos espectadores presentes á la comedia, los cuales no le llaman por otro nombre que *mono*, por vestir á la europea.

Padre.—Tus predicadores de Sin-ti no tienen conciencia, pues tus correligionarios en dicho punto han zurrado dieciséis veces á los católicos, y aquéllos no ponen coto á semejantes desmanes: ¿qué me dices á esto?

Cabrero.—Nada sé.

Padre.—Pues ¿á quién pertenece cuidar de tus secuaces?

Cabrero.—A mí.

Padre.—Pues lo haces á maravilla; te felicito por tanta solicitud.

Antes de venir á Ya-lan estuvo el yanqui en el tribunal de *Sin-siang*, y el mandarín ordenóle que viniera á verse con el Padre: descorazonado y rabiando por no haber conseguido lo que deseaba, toma el camino de *Nié Kia sé* y al día siguiente, 13 de Octubre, me escribe una carta llena de miel invitándome que vaya á dicho punto, y desde allí á la ciudad para hacer paces ante el mandarín *Sien*, y añade que el mandarín militar de *Nié Kia sé* se ha desdicho delante de él, negando que los pastores dijeran las palabras que yo les imputaba. De mi puño y letra escribo una carta en chino, sazonada con mucha pimienta y vinagre, á la que contestó con el silencio.

A las doce de la noche viene un catecúmeno de *Nié Kia sé* con la nueva de que ya han prendido al cabeza de los protestantes en el referido punto: por fin el Señor se ha compadecido de nosotros, y premiado tantos trabajos y sinsabores que por tal causa hemos padecido: el malvado Ato, así se apellidaba el neo protestante en cuestión, sabía que su yanqui estaba ya para llegar á *Nié Kia sé*, y á voz en cuello proclamaba que si los católicos tenían misionero que les defendiese, los protestantes contaban también con la protección de su pastor; y ojo con que nadie se atreviera á ponerle la mano; pero el mandarín militar, amaestrado de antes, nada temió sus bravatas y echó el guante. El 4 viene un propio contando que el muchacho teme al cabrero, de quien antes fué súbdito, y es posible que haga paces con él: pensando las consecuencias que de dar semejante paso podían resultar, me pongo en camino para allá, y tan pronto como llegué fui á verme con el mandarín militar, quien me contó cómo el local había entregado el preso á su pastor, que le condujo á la ciudad para delante del mandarín exponer las razones que había para no prender tal pájaro.

El 5 por la mañana emprendí otra vez la ruta de *Fa-lan*, y al llegar me encontré con una carta del *Sien*, escrita con mucha dulzura y melosidad, invitándome que fuera á la ciudad para hacer en su presencia paces con el yanqui: contesté á esta carta diciendo que mientras el acusado no fuera puesto en prisión, ni iría á la ciudad, ni estaba dispuesto á pacificarme con nadie.

El mandarín, recibida esta carta que muy á las claras manifestaba el desprecio que sentía hacia el cabrero, en seguida dió órdenes para prender al acusado, que á los pocos momentos entró en *chirona*: al día si-

guiente el mandarín militar y mi muchacho fueron invitados por el mandarín *Sien* para llamarme á la ciudad y terminar este negocio, que tan largo y ruidoso se iba haciendo. Según yo había prometido y el *Sien* deseaba, fui al tribunal; también se presentó el *yanqui*, aunque con mucha repugnancia y llamado dos veces por el mandarín, que tan ardientemente deseaba poner fin á esta cuestión: no describo la controversia que allí tuvimos, ni los cargos que allí le hice; basta decir que se quedó confundido y sin palabra que responder: realmente en esta ocasión se verificó aquello de que *iniquitas opillabit os sum*.

(Se concluirá).

COCHINCHINA ORIENTAL (Anam)

La obra de los catequistas

Es la siguiente correspondencia testimonio de gratitud y nueva y muy justa demanda del P. Damián Grangeón. Cuantas cartas recibimos de los misioneros del Asia y más especialmente del Africa coinciden en ponderar la extraordinaria importancia de la formación y conservación de los catequistas. El catequista prepara la obra del misionero: vive en las ciudades ó pueblos donde aquél no puede acercarse siquiera: dirige y fomenta las nacientes cristiandades, y hasta cierto punto desempeña los oficios de sacerdote indígena, cuya delicada y larga formación es causa de que sea muy reducido su número.

MUCHA agua y mucha tierra separa la España del Anam: llevada por las alas del vapor la correspondencia necesita dos meses para recorrerla. Dignaos, pues, señores y amigos míos, excusar mi tardanza en remitir la sincera expresión de mi gratitud inmensa por la generosidad con que os dignasteis responder á mi llamamiento. Todas las mañanas expongo, cabe las plantas del Divino Jesús, muerto por la salvación de las almas, el testimonio de mi gratitud.

Sin embargo, como el infeliz mendigo que recorre las calles, después de exclamar: ¡Gracias! Dios se lo pague, vuelvo otra vez á extender la mano...

Algunos millares de francos fueron suficientes para levantar miserables chozas que nos protegen contra el calor y la lluvia; pero ¿quién nos asegura el escaso puñado de arroz, que forma nuestro cotidiano sustento? ¿Quién puede darnos los escasos metros de tela que anualmente necesitamos para vestirnos? ¡Bienhechores generosos, hermanos queridos, acabad vuestra obra santa!

Almas y más almas piden al misionero espiritual asistencia: y el misionero busca catequistas que le auxilien en su múltiple trabajo... pero ¿dónde encontrarlos?

El P. Gueno cuenta con neófitos en más de treinta poblados: en todos ellos podrían establecerse florecientes cristiandades; pero ¿cómo hacerlo si para instruir á tanta gente sólo tiene un catequista? Aguza su ingenio, convierte en catequistas los mejores y más antiguos cristianos y, hace pocas semanas, tuvo la satisfacción de bautizar á ciento cincuenta adultos. Pero el número sería cuádruple; toda la región aceptaría el Catolicismo si contáramos con suficientes catequistas que

los instruyeran, dirigieran y fundaran nuevas cristianidades.

El pasado año recorrí, acompañado de algunos cristianos, un extenso valle, muy poblado y que limita con la región habitada por los salvajes. Una Comisión de los siete pueblos que en él se cuentan, vino á saludarnos y decirnos que si nos establecíamos en el valle la casi totalidad de sus habitantes se convertirían. Su aspecto era en extremo simpático. Desde entonces varias veces han repetido la demanda al misionero de la cristiandad menos lejana. Pero continuarán sumidos por tiempo ilimitado en las tinieblas de la idolatría, porque no tenemos un solo catequista.

Las conversiones serían más numerosas si en vez de recibir con los brazos abiertos, tan abiertos como podemos, á todas las almas que nos vienen á buscar, nosotros saliéramos al encuentro de cuantas nos esperan.

¿No existirá un alma generosa que, compadeciéndose de estas pobres almas, querrá darnos el medio de enviarles el salvador por que suspiran: un catequista?

Muchas y dolorosas pruebas he experimentado durante los seis años de apostólicos trabajos.

He visto, el día siguiente de mi desembarque, correr á ríos la sangre cristiana; he visto las llamas de intencionado incendio devorar iglesias, Seminarios, conventos y cristiandades; he visto desaparecer en breves días la gloriosa obra de dos largos siglos de infatigable apostolado. Largo tiempo ha torturado mi alma el temor de perpetuo destierro...

Pero ningún dolor es comparable al que siento al ver tantos hermanos míos en el Señor que pierden su alma por no haber un catequista que les instruya, *magna tristitia et continuus dolor cordi meo!*

Almas cristianas: remitidme una limosna proporcionada á vuestros recursos. Ciento cincuenta ó doscientos francos es lo que necesita anualmente un catequista, mil francos le basta para toda la vida; y este catequista, que en cierta manera viene á ser propiedad vuestra, os ofrecerá por término medio doscientas almas anuales. ¡Qué cortejo para acompañaros á la gloria! ¡Qué corona para la eternidad!

KIANG-NAN (China)

El R. P. Turnade, procurador de las Misiones de la Compañía de Jesús, nos remite la siguiente correspondencia del R. P. Van-Dosselaere, S. J., que describe con nuevos detalles la actual situación de los cristianos en Kiang-nan.

HACE largo tiempo que las *Misiones Católicas* publican cartas y más cartas cuyo título general es «La persecución en China.» La mía será un nuevo capítulo de la ya larga obra.

La última que escribí enumeraba el magnífico y consolador movimiento de conversiones que con singular satisfacción veíamos conmovía la parte Norte de Kiang-nan: solamente en el distrito de Pei-hien se contaban quince mil catecúmenos, de los cuales ocho mil estaban dirigidos por celosos catequistas establecidos en los res-

pectivos pueblos. Hermoso, muy hermoso era el espectáculo, y debíamos esperar y prepararnos á resistir el desesperado ataque del ángel de las tinieblas. Secuaces numerosos y decididos se los proporcionaba la secta de los *Grandes cuchillos*, que durante los últimos años ha trabajado con actividad, logrando propagarse por el Sud del Chan-tong y el Norte de Kiang-nan: su fin único es aniquilar el nombre cristiano.

La casi totalidad de las poblaciones donde contamos nuestros neófitos, están situadas al Este y al Norte de la ciudad de Pei-hien, en los cantones de Tchao-toan, Tang-toan, Wang-toan y Sin-toan. Administran estos cantones cuatro *notables*, que son además recaudadores de contribuciones. Tiranos que engordan estrujando al pobre, aplastándolo, arrancándole á fuerza de amenazas, dos ó tres veces al año, arbitrarios impuestos, á los cuales deben sumar la contribución para pagodas, para el mantenimiento de los *satélites*, etc.... Natural es, pues, que estos buenos colonos acudan á nosotros en demanda de auxilio y justicia; y natural, muy natural es también que los *notables* desde los primeros tiempos hagan desesperados esfuerzos para impedir las conversiones. Sin embargo, el Catolicismo avanza, y en estos cuatro cantones sus fieles hijos alcanzan consoladora mayoría. Pero los *notables* no cejan: ven disminuir sus pingües rentas, pues los cristianos, amparándose en el tratado franco-chino, no satisfacen la contribución para las pagodas, ni son, pues el misionero cuida de impedirlo, víctimas de exorbitantes exacciones; sólo pagan lo que legalmente pueden exigirles; y exasperados por ello dichos *notables*, llaman en su auxilio, para lanzarlas sobre nosotros, las hordas de los *Grandes cuchillos*, y esta es la verdadera causa de la actual persecución.

Sabía se preparaba un golpe de mano, y hacía algún tiempo que los *Grandes cuchillos* no se recataban de insultar y amenazar á los cristianos. El subprefecto de Pei-hien estaba sobornado. Faltaba sólo un pretexto que revistiera el hecho de aparente legalidad ante los mandarines superiores de Sin-tcheo-fou. El *notable* de Tchao-toan, Li-pé-yu, y el de Tang-toan, Tang-ki-loan, inventaron cada cual un ingenioso recurso.

Los últimos días del mes de Junio me vi precisado á visitar Chang-hai. Era el tiempo de pagar la contribución. Li-pe-yu no abandonaba su despacho. Uno de mis criados fué á satisfacer la cantidad que correspondía á sus propiedades, y Li-pe-yu ordenó lo ataran á la puerta de la casa y lo sometieran á los peores tratos, disponiendo que varios de los suyos fueran á dar la desagradable noticia á los cristianos. El pagano esperaba que éstos acudirían en tropel á libertar á su hermano injustamente martirizado, y entonces podría aprisionarlos como culpables de haber intentado robar el tesoro durante la noche.

Afortunadamente los cristianos permanecieron tranquilos, contentándose con despachar amigos paganos

que intercedieran en favor de la víctima. Toda la noche emplearon para ver de aplacar el ánimo del verdugo. ¡Vana empresa! Li-pe-yu y sus secuaces desahogaron su ira sobre el desgraciado cristiano: con sus cuchillas se divirtieron cortando á pedazos la carne de una de sus piernas, hasta dejar el hueso en descubierto: después lo soltaron empujándolo con fuerza contra el duro suelo, y finalmente á palos le rompieron la tibia, gritando:

—¡He! tú que eres correo del Padre, ¡alégrate! desde hoy podrás correr con ligereza doblada.

Después de tan horrible tormento abandonaron al mártir: lo trasladaron á mi casa: el Padre ministro corrió á administrarle los Santos Sacramentos, y en presencia del mandarín escuchó su declaración. A los dos días llegaba orden de Tao-tai disponiendo fuera apisionando el culpable. El joven cristiano mutilado con tan repugnante barbarie siguió viviendo doce días. ¡El subprefecto procuró con astucia y empeño inducir al hermano de la víctima á que se obligara á renunciar al castigo de los verdugos mediante el cobro de veinte piastras para satisfacer los gastos del entierro!! Descubierta el burdo lazo, la causa está en manos de los mandarines superiores.

Dejemos las invenciones de Li-pe-yu para comprometer á los cristianos, y veamos las de Tang-ki-loan, administrador del Tang-toan. Eran los primeros días del mes de Agosto, y los cristianos se disponían á pagar los tributos que manda la ley: con general asombro, al satisfacerlos se negaron á firmarles recibo; pasó una semana, y doce cristianos fueron hechos prisioneros.

—Estáis atrasados en el pago de la contribución, les dijeron.

—Dispensad, señores, contestaron, pagamos hace pocos días.

—No se trata de lo que pagasteis, sino de que hace diez años nada habéis dado por las pagodas.

—Nuestra calidad de cristianos nos impide hacerlo. Además el Emperador nos dispensó dicho tributo.

Tang-ki-loan mandó fueran atados y azotados, pero luego mediante el pago de una multa los dejó en libertad.

Mayores pruebas nos esperaban: los *Grandes cuchillos* fueron convocados á reunión general. Presurosos los cristianos comunicaron nueva tan desagradable á mi vecino de Fong-hien, el P. de Bodmán, quien dióse prisa á refugiarse en mi casa, situada á corta distancia de las murallas de la ciudad de Pei-hien.

El Padre visitó al subprefecto; pero éste, haciendo caso omiso de la visita, continuó sumido en su irritante calma. Los bandidos en número de mil doscientos se dividieron en tres grupos, dirigiéndose cada cual por su lado á saquear poblaciones cristianas.

¿Qué hacía el mandarín? Apremiado por el P. de Bodmán, no se cansaba de protestar de su buena voluntad y excelentes deseos, pero alegaba su impotencia, y todos los días acababa sus falsas razones diciéndole que la mañana siguiente vería la manera de resolver

tan enojoso asunto. Pero tuvo noticia de que el Padre había pedido socorro á Sin-tcheou-fou, y acto seguido despachó falsos informes, declarando que en Pei-hien reinaba completa paz. Los soldados que guarnecían Pei-hien fraternizaron con los *Grandes cuchillos*, y presenciaron impávidos el saqueo de las casas cristianas. Nuestra capilla de Fong-lo sólo en parte fué respetada. Los soldados dijeron á los ladrones que impunemente podían robar cuanto quisieran, pero no incendiarla. ¡Si vieran mis lectores lo que resta de nuestra pobre casa: paredes y techumbres sucias, destrozadas!...

Por fin el día 24 de Agosto llegaron de Sin-tcheou-fou el comandante Hiong, querido amigo nuestro, acompañado de cien ginetes. El subprefecto pretendía que se marcharan por el mismo camino y sin hacer nada, pero el comandante Hiong le contestó:

—Seis leguas he recorrido para llegar hasta aquí, y no quiero marcharme sin haber visto con mis propios ojos el actual estado de la Misión, y para ello estoy dispuesto á correr mañana cuatro, cinco ó más leguas si conviene.

Aprovechando la noche el subprefecto advirtió á su amigo Tang-ki-loan que la siguiente mañana llegaría una sección de caballería, y que en consecuencia tomara las medidas que creyera convenientes... ¡Incomparable honradez la de las Autoridades chinas!

El siguiente día las tropas del Gobierno encontraron á los *Grandes cuchillos*, y entablada la lucha algunas docenas de éstos quedaron muertos en el campo de batalla, y veinte fueron hechos prisioneros: intercedieron muchos para que los entregara al subprefecto, pero el comandante Hiong, que conocía muy bien al citado personaje, contestó:

—¡Oh! no, no... Es sencillo, mucho más sencillo, cortarles la cabeza.

La invasión estaba rechazada, á lo menos temporalmente. Más de cuarenta familias cristianas han quedado sumidas en la mayor miseria, habiendo perdido vestidos, trigo, animales, instrumentos de labor y cuantos muebles poseían. Sólo les quedan las tierras incultas y las desnudas paredes de sus saqueadas viviendas. Dos meses han transcurrido, y la pedida reparación no viene. El mandarín ha dejado á todos los cómplices en completa libertad. Llegará la época de la siembra: las tierras de los cristianos esperarán en vano la semilla, pues faltos de recursos sus dueños no pueden comprarla. Y llegará el invierno: los cristianos temblarán de frío, pues carecen de abrigos. Sufren y el misionero sufre también, pues ellos son sus hijos muy queridos, regenerados por las aguas bautismales.

Pero ¿gozamos de la deseada paz?... Apenas han transcurrido quince días del en que esperábamos ser visitados por ochocientos *Grandes cuchillos* que debían vengar sus muertos derramando sangre cristiana, y muy especialmente la del misionero, á quien auguraban los más crueles tormentos. El comandante Hiong, avisado oportunamente, llegó á tiempo de impedir tan *santas* intenciones, y dispersó la amenazadora partida.

Hace siete días, el 31 de Octubre, inauguraron en el Sin-toan nueva serie de robos.



JOVEN BONZO. (Pág. 87)

—Seguid, seguid rogando, decían los *Grandes cuchillos*, que nosotros seguiremos robando: si no apostatáis moriréis en nuestras manos.

Un niño de doce años resistíase con valor á entregar el rosario y escapulario que poseía. Los fuertes sablazos le obligaron á soltarlos. Luego se llevaron cautivos á este niño y dos hermanitos suyos de siete y cuatro años respectivamente; ya los infames ladrones les habían despojado de sus vestidos y se disponían á despedazarles, cuando algunos paganos amigos llegaron bien armados al teatro de tan bárbara escena: los *Grandes cuchillos* se vieron forzados á abandonar á los pobres niños, que he recogido en mi casa.

Dos palabras y concluyo: los cristianos durante esos días de prueba han dado excelentes muestras de constancia y valor: muchas familias puestas en el caso de elegir entre la miseria y la apostasia contestaban con entereza: «Cristianos somos y cristianos queremos morir.»

Un anciano, al ver invadían su pueblo, arrodillóse á los piés de la imagen de la Virgen, se despidió con sentidas palabras, rodeóse el cuello con los rosarios, y luego salió al encuentro de los *Grandes cuchillos*. No logró la corona que deseaba; pues aquéllos lo dejaron en paz.

Pueden mis lectores comprender en qué situación de ánimo hallaría á mis queridos cristianos al regresar á Chang-hai.

Durante la plática que les dirigí el siguiente domingo, podía á duras penas retener las lágrimas que to-

dos los fieles mis oyentes vertían en abundancia. Pero es el caso que, según parece, en el calor de la improvisación hube de decirles: «Para contestar dignamente á las amenazas de nuestros enemigos, para evidenciarles que las persecuciones sólo sirven para hacer más grande, más fuerte nuestra Iglesia santa, yo edificaré dos ó tres capillas en vuestras más hermosas poblaciones.» Declaro que estas palabras proféticas no había pensado decirles, pero salieron al impulso del fuego del sentimiento y de la improvisación: los caritativos lectores de las *Misiones Católicas* cuidarán de su fiel cumplimiento, y vendrán en socorro del hermoso distrito de Pei-hien, que tan duras pruebas ha sufrido y tan bellas esperanzas ofrece.

LAS MISIONES CATÓLICAS FRANCESAS

EN LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN DE PARÍS

ENTRE el magnífico conjunto innumerable de maravillosos productos de la humana industria que formarán ese concurso inmenso que llamamos Exposición Universal, no debía, no podía faltar la muestra de las grandes y generosas iniciativas del apostolado católico, la historia de los beneficios sin cuento que en todas partes, lo mismo en monótono desierto de ardiente arena que en las playas cubiertas de hielos eter-



CAJA DE MADERA DONDE GUARDAN EL OSO DESTINADO AL SACRIFICIO

(Pág. 82)

nos, reportan al hermano del hombre civilizado los intrépidos sacerdotes, Hermanos y Religiosas católicos.

Durante el año 1898 algunos hombres de los que con mayor empeño se dedican al estudio de las cuestiones coloniales, distinguidos católicos y numerosas personalidades de reconocida competencia y autoridad, indicaron la conveniencia y ventajas que podía reportar á las obras católicas, y particularmente á las Misiones, tomar parte en la Exposición Universal del corriente 1900.

Una Exposición general de todas las Misiones del mundo era lo que correspondía al universal certamen, que convida á todos los pueblos para que concurran á París á admirar los maravillosos resultados que, en todas sus múltiples ramas, ha obtenido la actividad humana durante el siglo que muere. Pero para la realización del grandioso pensamiento faltaba tiempo, y en consecuencia fué preciso limitarlo á las Misiones francesas.

Su Emma, el cardenal Richard, arzobispo de París, invitó á las Congregaciones interesadas á que estudiaran el proyecto, y si les parecía aceptable resolvieran la manera de ponerlo en práctica.

El 21 de Enero del año 1899 celebróse una reunión en el Instituto católico de París, bajo la presidencia del Ilmo. Pechenard, rector del Instituto y representante de su Eminencia. A la reunión asistieron delegados de todas las Asociaciones religiosas que cuentan entre sus hijos misioneros que evangelizan lejanos países, y distinguidas personalidades católicas de reconocida competencia y celosa actividad.

Los acuerdos de la reunión fueron que las Congregaciones no expusieran en nombre propio, sino que lo hiciera una Comisión nombrada al efecto, que además debía cuidar de reunir las cantidades necesarias para atender á los gastos de la empresa. La Comisión reservóse la facultad de nombrar para que formen parte de la misma distinguidos industriales y comerciantes católicos, capaces de cooperar á la feliz realización de la indicada obra. Estableció sus oficinas en la casa n.º 11 de la calle de *Regard* (París), en el local de la Sociedad antiesclavista, que generosamente lo puso á su disposición, y aprovechó la facultad de sumarse miembros auxiliares.

Presentaron, ante todo, demanda de admisión, que fué acogida favorablemente: correspondiéndole el grupo XVII, clase 113, de la sección colonial. Debían, pues, preocuparse de allegar recursos, y para ello se organizaron juntas de propaganda en Lyon, Lille, Burdeos, Marsella, etc., para que los fines de la empresa fueran conocidos de los católicos y de cuantos saben apreciar el bien que las Misiones realizan.

¿Cuál es el estado actual de los trabajos de la Comisión? A los múltiples y eruditos artículos de los más insignes escritores franceses, han contestado los amigos de las Misiones y del misionero enviando sus limosnas, y el secretario de la Exposición de Misiones francesas manifestó hace algunos días que la existencia en caja ascendía á 45,000 francos. Para cubrir todos los

gastos se necesitan reunir de 90,000 á 100,000 francos.

En los terrenos destinados á la sección colonial, se levantará el pabellón de las Misiones. Los cimientos están listos, pero no así el edificio, cuya construcción durará hasta fines del mes próximo. La Exposición consistirá en presentar un cuadro general de las Misiones católicas confiadas á los franceses. La Sociedad de Misiones Extranjeras, los Padres del Espíritu Santo, los Lazaristas, etc., han ofrecido presentar grupos de tamaño natural que indiquen algo de lo mucho que el misionero sufre. Sin embargo, una parte la más importante de los trabajos católicos no puede ser plásticamente reproducida. ¿Cómo expresar por medios materiales la acción del misionero que en su máxima parte es moral? La Comisión procura hacerlo sirviéndose de estadísticas, cuadros gráficos, etc., etc.

Cuantos visiten el pabellón de las Misiones no verán, á pesar de los esfuerzos de los comisionados, un cuadro completo del apostolado católico, pues muchos años y sumas fabulosas serían menester para organizarlo, si es que fuera posible; pero tendrán el gusto de contemplar algo de la vida de estos misioneros por los cuales se interesa todo el mundo católico.

* LOS PIGMEOS *

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

VI.—CARACTERES RELIGIOSOS DE LOS NEGRILLOS

Religión y moral.—Incompetencia de los misioneros para hablar de la religión de los indígenas y competencia de los que no lo son.—Los negros bantú no poseen un cuerpo de doctrina.—El culto de los antepasados.—Sombras y genios.—¿Cuál es el origen del mal?—Exorcistas y fetiques.

QUÉ es la Religión: qué la moral?

Antes de los hechos que los pueblos inferiores relacionan con estas palabras, debemos precisar la significación que damos á las mismas.

Entendemos por Religión la creencia del hombre en un principio superior, vivo y personal, y la obligación de rendirle culto.

Moral: es el sentimiento del bien ó del mal independiente de cualquier interés inmediato y tangible.

No pretendemos analizar en el presente estudio si la Religión puede prescindir de la moral ó la moral de la Religión, ni tampoco cuál sea el origen de la Religión ni el de la moral. Sólo tratamos de ver, interrogando los hechos, siempre por desgracia muy escasos, si la Religión y la moral son conocidas de los negrillos africanos, á lo menos en la medida que exigen las antecedentes definiciones.

Como misionero procuré estudiar con la mayor exactitud é imparcialidad las creencias religiosas de los pueblos indígenas: es mi oficio.

Pero como este título contribuye, según parece, á

hacer mi testimonio sospechoso, créome obligado á defenderme de este supuesto falso. Mr. de Quatrefages supone que «la fe grande de los misioneros es repetidas veces causa de error: al llegar á los pueblos que va á convertir le acompaña el odio á sus antiguas creencias, obra del demonio. En general ni las estudia ni apenas se da cuenta de ellas. Su único afán es destruirlas (1).» Y con indignación profunda cita la frase de Moffat, yerno de Livingstone: «El hombre no tiene conciencia hasta que le anunciaron la existencia de Dios.»

No soy yo el encargado de defender los asertos de misioneros protestantes, al contrario; pero para consuelo de Quatrefages y todos sus sucesores, debo declarar que si esta teoría fuese debidamente presentada á la aprobación de la Iglesia católica, sufriría inmediata condenación. Dios y no el hombre es quien da la conciencia al hombre. Unicamente y por efecto de la flaqueza de la naturaleza humana, vemos obscurecerse esta luz interior en determinados individuos, regiones, pueblos y tiempos. El único ofuscamiento culpable es el voluntario. Pero todos, excepto los idiotas, únicos irresponsables, recibimos con la existencia la luz indispensable para obrar el bien. El *enviado de Dios* es quien debe resolver si esta luz vive en el alma del salvaje, quien si es menester debe reavivarla, quien debe dirigirla por el único camino que su fe le testifica es el verdadero. *

Además, el misionero católico no reúne en informe masa todas las prácticas y creencias de las tribus africanas, y sin estudiarlas las condena: al contrario, las analiza, procura adquirir un completo conocimiento de las mismas, y registrando las innumerables ruinas acumuladas por causas tan varias, queda no pocas veces sorprendido y admirado al descubrir lo que es fundamento de su Religión, que fué la Religión primitiva, y que bien podemos afirmar sigue siendo la Religión universal.

Sin embargo, nada impide admitir que las nociones de Religión y moral queden total ó casi totalmente borradas del alma de un individuo, de una clase, de una tribu.

Esto es, en resumen, lo que creen los misioneros; y en ello no acierto á dar con nada que pueda impedirles estudiar y discernir la religión de los indígenas y cuanto á la misma se refiera.

Por el contrario, empresa sumamente fácil sería demostrar que muchos sabios y exploradores son totalmente ineptos para estudiar las cuestiones que nos ocupan. No aludo á los defensores de teorías materialistas, que, antes de todo examen, sientan el principio de que el hombre en su origen no pudo conocer la Religión ni la moral, y que en su desenvolvimiento sucesivo pasa necesariamente por las siguientes fases: materialista inconsciente, animista, politeísta, teísta, para después de tanto evolucionar venir á ser materialista consciente. Con éstos toda discusión es imposible. Pero lo más curioso es que invariablemente pretenden que su fundamento es la ciencia, y que todos debemos creer sus pe-

reginas afirmaciones, que nunca cuidan de demostrar.

Y ¿por qué los exploradores son ineptos para hablar de Religión? Seamos francos: porque no pocas veces son sabios, muy sabios en muchas cosas: sabios en química, física, mecánica, lingüística, administración; pero en cuanto á Religión se refiere su ignorancia es crasa, crasísima. Si nosotros dijéramos de la ciencia que es su especialidad, lo que ellos dicen de la Religión, que es la nuestra, palidecerían de cólera saludándonos con la más despreciativa de sus sonrisas. Pues también la Religión es ciencia, y para conocerla exige ser estudiada, comprendida y... no olvidada. Podemos afirmar, y las pruebas de este aserto abundan, que son escasos, escasísimos los trabajos científicos en los cuales plumas no cristianas escriben de religión, que no contengan errores los más groseros, las más sorprendentes equivocaciones.

Pero basta ya de defensa *pro domo*, y volvamos á nuestros negrillos.

Al empezar dejemos sentado que negros ni negrillos (por lo menos todos aquellos entre los cuales he vivido más ó menos tiempo), no poseen un cuerpo de doctrina que merezca el nombre de tal, con intérpretes que velen por su pureza y cuiden de explicarla y transmitirla.

Pero antes que las creencias religiosas de los negrillos, estudiemos las de los negros, pues la comparación es interesante.

Cierto es que tienen fetiques, exorcistas, iniciados, y también creencias comunes, sacrificios, culto; pero todo esto no forma un código religioso que sea oficialmente enseñado, y se perpetúe de generación en generación como, por ejemplo, el Islamismo, el Budhismo y otras determinadas religiones. Resulta, pues, que si preguntamos á un negro cuál es su religión, cuáles sus creencias y prácticas, puede contestar al igual que el librepensador más sincero y perfeccionado: «Yo nada creo, nada practico, no tengo religión.»

Y sin embargo, la religión existe. Pero es religión que vive y se transmite de padres á hijos como tradición antiquísima, y que padres y ancianos velan, consciente ó inconscientemente, para que sea profesada con pureza mayor ó menor.

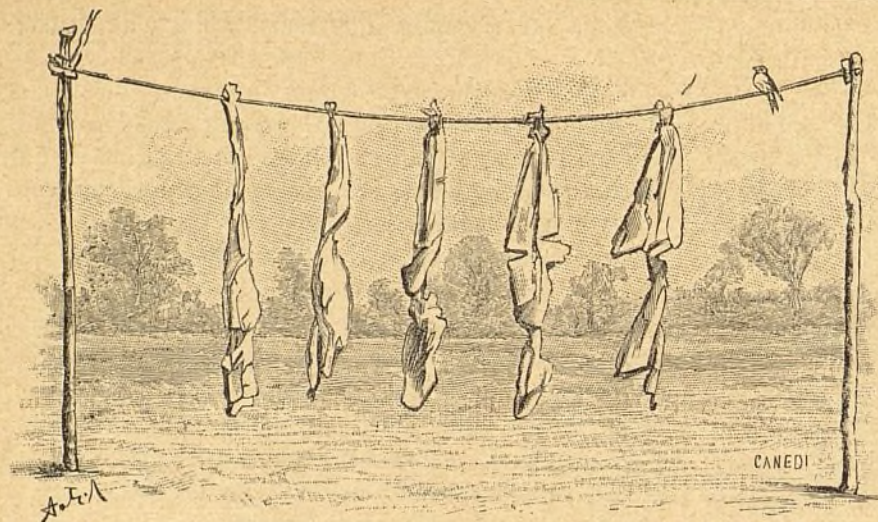
Veamos, pues, que religión es esta.

Háblase comúnmente del «grosero fetiquismo de los negros.»

Si esta frase pretende indicar que los negros adoran piedras, árboles, estatuas de tierra ó madera, á los que atribuyen un poder propio y sobrenatural, es á mi ver errónea. El verdadero culto de los negros bantu de una y otra costa, es el que rinden á las almas de los muertos, á los manes, á las sombras: es, si así se quiere, el culto de los antepasados.

Si el hombre, después de muerto, será recompensado ó castigado, cuestión es en la cual unos, como los fans, que creen en el *totolan*, infierno de fuego, opinan afirmativamente; otros, en apariencia quizás, desconocen

(1) A. de Quatrefages: *L'Espece humaine*, p. 550.



GABÓN.—Fetiques protectores de un sembrado cívico: hojas secas de lanana consagradas por un fetique. Dibujo del Ilmo. Le Roy. (Pág. 82)

esta futura justicia; y la inmensa mayoría se preocupan muy poco de tan trascendental cuestión. Pero

*Je connais même sur le point
Bon nombre de... Blancs qui son Nègres.*

La razón es obvia: los negros por naturaleza se preocupan muy poco de la felicidad ó desgracia ajenas. Si, por ejemplo, se les muestra un dibujo del infierno horrible, espeluznante, como gusta de pintarlo la imaginación popular, el suplicio de aquellos condenados que se retuercen entre llamas eternas, les hace saltar de gozo y reír á carcajada suelta; y pues que en el cuadro el vencedor es el diablo, para ellos no hay más héroe que el vencedor. El porvenir les tiene sin cuidado: la previsión es la última de sus virtudes: para estos niños grandes «á cada día le basta su penar.»

Vemos, pues, que para el negro lo más importante no es la vida futura, sino la actual.

Cuando el hombre muere es indudable que de él se separa *algo*, y ese *algo* tiene nombre propio en todas las lenguas africanas, nombre sólo á él aplicado y único con el cual distinguen el principio que da al hombre vida é inteligencia. En la Costa Oriental y también muy al interior, á esta *sombra* la llaman *Muzimu*, *Mozimo*, etc., palabra que parece derivarse del verbo *zimua*, volver á encenderse, revivir. Los demás nombres que para designarlo emplean tienen el mismo significado.

En el Gabón, la palabra *Abambo*, los *manes*, se deriva del verbo *bamba*, cuyo significado es *brillar*.

El alma separada del cuerpo puede proteger ó dañar; permanecer indiferente en su fúnebre morada (*ku-zimu*), ó vagar errante por los lugares

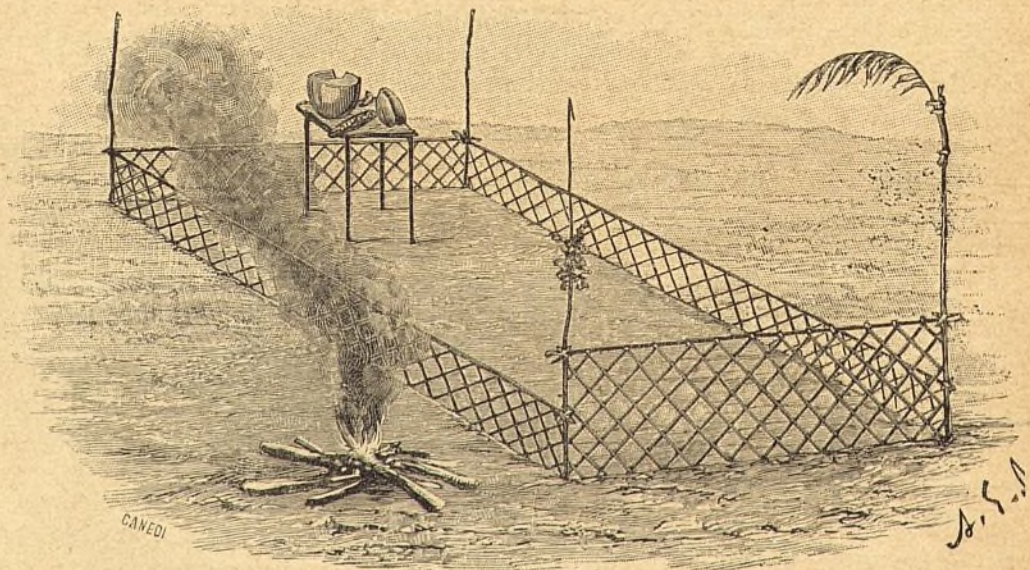
que habitara y entre las personas que en vida fueron sus compañeras. Todo depende de su pasado, de sus disposiciones, de la libertad que le dejen, de su poder, de la conducta que con ella guarden los vivos. Pero, en general, cuanto en vida fué el hombre más poderoso, rico, sabio, grande en bondad ó malicia, tanto mayor poder goza su sombra para causar daños ó beneficios desde la tumba en que habita.

En consecuencia, lo primero que procuran es elegir un lugar á propósito para que no puedan discurrir por los pueblos, dañar á los niños ni turbar á los grandes su tranquilo descanso. Porque estas sombras son

las que en nuestros sueños vemos, y ellas las que son causa de que estos tengan una significación real. Infeliz de aquel, por ejemplo, que en sueños me indicaron de seaba envenenarme: para que no realice su malvado intento es mi deber envenenarlo cuanto antes y luego ir á visitar la casa de la *sombra*, agradecerle el benéfico aviso y dejar sobre la tumba donde *descansa* un regalo que evidencie mi gratitud.

Procuran, pues, limitar el radio por el cual puede la sombra extender su acción. Para lograrlo los entierros van acompañados de una más ó menos larga ceremonia, cuyo fin de todos conocido, es el indicado. Primero todas las mujeres, esposas, parientas, vecinas... deben reunirse para llorar. Y en efecto, por sentimiento ó por deber lloran y demuestran con sus lágrimas la apurada situación en que les deja la muerte, y el afecto que al difunto profesaban, y evidencian á voz en grito si es menester, al espíritu separado del cuerpo, cuanto les afligió su partida.

Al entierro suelen precederlo múltiples conjuros: piden á la *sombra* con frase atenta unas veces, pero otros con imprecaciones, injurias y satíricas palabras deje á los vivos más tranquilos que durante el tiempo que estuvo unido al cuerpo...



GABÓN.—Sepulcro de un ma-rango (valle del Ogowé) con ofrendas y fuego. Dibujo del Ilmo. Le Roy (Pág. 82)

Es costumbre presentarle ofrendas, consistentes en algo de cuanto pudo convenirle en vida: vino de palma y de maíz, algunos puñados de arena, trozos de lienzo, y vasos que siempre cuidan de romper, no por temor de ladrones, sino por un simbolismo real. Dejan las ofrendas sobre el sepulcro. Al mismo principio de no dejar abandonado el cadáver, obedece la costumbre de sacri-

trada de los pueblos, y en ellas depositan sus ofrendas cuando creen les amenaza algún peligro, ó antes de emprender cualquier importante negocio.

Pero no es esto todo: labran una estatuilla de madera ó tierra, y le ingieren restos del difunto, algunos cabellos, un pedazo de uña ó de piel, etc. Allí con preferencia á otros lugares descansará la larva del hombre



Y HABIÉNDOLE DESCOLGADO *de la cruz*, LE ENVOLVIÓ EN UNA SÁBANA, Y LE COLOCÓ EN UN SEPULCRO ABIERTO EN PEÑA VIVA, EN DONDE NINGUNO HASTA ENTONCES HABÍA SIDO SEPULTADO. (*Luc. XXIII, 53*).

ficar mujeres y esclavas para que vayan á acompañar á aquel que se fué. Frecuentemente acontece que la sombra se apareció en sueños, ó manifestó su poder para el bien ó el mal, y en ambos casos consultan al *vidente* ó brujo, y le piden lo que deben hacer. Hecha la consulta cualquier lugar retirado, un árbol, una cueva puede ser elegido como morada del *Muzimu* y consagrado á su culto.

Muchas tribus edifican pequeñas chozas al pie de gigantescos árboles, al cruce de los caminos ó á la en-

que vagaba buscando reposo, y allá la encontrarán siempre que de ella tengan necesidad.

El final del luto, después del cual se distribuye la herencia, es causa de nuevas ceremonias: se arregla la tumba, se cubre de ofrendas, organizanse nuevas danzas, y comen y beben y acaban el duelo, ó sea comienzan la algazara. Y es con frecuencia tan completo su principio, que hartos de comer y... beber quedan tendidos sobre el duro suelo...

EL PATRIARCA SAN JOSÉ

ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA

SEGÚN LA VENERABLE MADRE SOR MARÍA DE JESÚS DE AGREDA

POR EL

P. FR. MARIANO FERNÁNDEZ GARCÍA

de la Orden de Frailes Menores, Lector de S. Teología

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Forma un volumen en 4.º de 300 páginas, esmeradamente impreso y adornado con ocho hermosas láminas, y se vende á 1'75 ptas. en rústica, y 2'50 en tela.

El más cumplido elogio de la interesante obra que nos ocupa, se debe á la prensa católica. A ella, pues, cedemos la palabra; pero imposibilitados por su mucha extensión de trasladar íntegros sus encomiásticos juicios, nos limitaremos á copiar algo del hermoso artículo que le dedicó el *Siglo Futuro* (Madrid), y algo del suelto publicado por la *Revista Popular* (Barcelona).

Dice así el *Siglo Futuro*:

Recomendamos este nuevo libro del P. Mariano Fernández, antiguo director de *El Eco Franciscano*, y hoy residente en Roma al lado del reverendísimo Padre ministro General de la Orden. Muchas vidas de San José se han escrito en estos últimos años, pero pocas de tanta utilidad como la presente, tan autorizada como la celeberrima *Mística Ciudad de Dios* de la Venerable Agreda, de donde está tomada. Aunque el objeto principal de esta monumental obra de la Venerable Agreda, fué escribir la Vida de la Santísima Virgen, dijo tanto y tan bueno de su casto Esposo San José, que el P. Fernández ha podido ordenar y compilar una Vida completa de San José, escrita toda con palabras de la Venerable.

Una larga *Introducción* acerca del culto de San José á través de los siglos, y varias extensas y eruditas notas finales, completan la obra, que en 300 páginas contiene amena y provechosa lectura.

Ayuntamiento de Madrid

Léase atenta y devotamente este libro, y se convendrá con nosotros en que la Venerable Agreda, al mismo tiempo que describe la vida exterior de San José con todos los pormenores que como ciertos traen los más reputados historiadores, penetra en su vida íntima más profundamente que ninguno de ellos, y ha sabido amenizar las arideces históricas con tan sublimes enseñanzas ascético-teológicas y con unción tan celestial, que instruyendo el entendimiento y arrobándolo en dulce admiración, inflama el corazón humilde en ardientes afectos de devoción al casto Patriarca, y lo mueve á la práctica de la virtud y al aborrecimiento del vicio, al desprecio de los falaces bienes de la tierra y al amor de los únicos verdaderos que son los del cielo. Tales son los efectos que la lectura de este libro está llamada á producir en las almas, objeto que se ha propuesto el autor al coleccionar estas páginas, además de propagar cuanto sea posible y fomentar el culto y veneración al Patrono universal de la Iglesia.

Dice la *Revista Popular*:

Acaba de publicarse la presente hermosísima obra debida á la castiza pluma del Rdo. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores. Sabido es cuánto atesora, sobre lo que podemos llamar vida íntima de la Sagrada Familia, aquel precioso libro de la Venerable M. Agreda *La Mística Ciudad de Dios*, que es uno de los mejores de nuestra literatura clásica cristiana. Reducir á manual volumen todo lo que en dicho libro se refiere más especialmente á San José, ha sido el trabajo del P. Fernández, que será de hoy en adelante uno de los mejores textos españoles en que se podrá estudiar la vida y encenderse los fieles en el culto y devoción del Santo Patriarca. Las notas que lo acompañan son de lo mejor del libro, y honran la erudición teológica del autor, así como los varios grabados que lo ilustran, hacen del libro que nos ocupa uno de los más bellamente editados en nuestra propaganda popular en honra del Santo Patriarca.

Es libro indispensable á los sacerdotes que quieran propagar la devoción al Santo Patriarca y á todos los fieles que deseen conocerle ó imitarle.

PRECIOS: en rústica, 1'75 ptas., y 2'50 en tela y lujosa plancha dorada, muy propio para regalos.

Véndese en todas las librerías católicas, y en la casa editora:

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid

En la Costa Occidental practican cuanto antecede, pero corregido y aumentado. Transcurrido el tiempo que les parece bien, sacan del sepulcro el cráneo del difunto, lo limpian, adornan y peinan, luego lo encierran en una caja de corteza ó madera, y construyen para albergarlo un reducido aposento en la parte posterior de la casa paterna, y á él se dirigen al sentirse afligidos por las necesidades todas y principales contratiempos que afligen la presente mísera existencia; á él consagran los recién nacidos, los niños enfermos; á él le piden abundante caza, felices viajes, victorias en la guerra.

Además de este culto esencialmente familiar, lo rinden también al «genio» (llamémoslo así á falta de nombre más exacto), al genio protector del pueblo que en grado mayor ó menor es en la tribu universalmente venerado. Región existe donde se contentan danzando en su honor y practicando escasas y raras ceremonias, pero en otras, por ejemplo Mitchogo en el valle del Ogowé, en todas las casas le erigen altares, desde los cuales su relativamente bien labrada estatua preside las danzas, las reuniones, los sacrificios. ¿Qué genio es éste? ¿Es el alma de un antepasado, es un demonio ó un ser increado? No sé, lo único que puedo afirmar es que con certeza no puede despejarse esta incógnita: pero, sin embargo, tiene su nombre, su poder y en general su capilla.

¿Cuál es el origen del mal? Todos los pueblos, y el negro entre ellos, se han dirigido la misma pregunta.

El mal creen los negros que puede originarse de múltiples causas; pero no dudan que obedece á secretas influencias, que son instrumento del mismo y que pueden en alguna manera ser gobernadas por determinadas personas ó ceremonias, de manera que ocasionen la pérdida ó ruina de un individuo, una familia ó una tribu entera. Muchas tribus admiten que los agentes directos causadores de tan perniciosas influencias son espíritus malos que nada tienen de humano: suponen otras que son misteriosas *sombras* causantes de iniquidades; otras finalmente creen que son los malvados hechiceros, conocedores de la magia negra, dueños de un fetique que les da poder para hacerse invisibles ó tomar la figura de cualquier irracional. Sin preocuparse, lo cual sería inútil trabajo, de la verdadera naturaleza de estos causantes de males, les basta saber que existen, que su presencia ó su poder es causa de tal ó cual enfermedad, accidente ó epidemia, y, esto es para ellos lo más importante, procuran preservarse y salvarse de sus ataques, para lo cual es menester darles lo que piden ó contrarrestar sus perniciosos efectos por una ceremonia secreta, de la que siempre forma parte el sacrificio: en esta ceremonia y en este sacrificio debe forzosamente asistir un especialista, un anti-hechicero.

Indiqué anteriormente que de estas influencias superiores pueden servirse ciertos individuos y dirigir las á determinado fin. Estos individuos son los malos hechiceros, distintos en absoluto de los buenos, puesto que unos roban la suerte y los otros la atraen; sin em-

bargo, no pocas veces un mismo individuo reúne los dos misteriosos influjos, sirviéndose del bueno ó del malo á voluntad del cliente que paga. Mediante conjuros de ellos sabidos, afirman los tales que pueden convertirse en leopardos, jabalíes, hipopótamos, caimanes, murciélagos, en globos de fuego, etc., etc. correr por donde bien les parezca, asustando á cuantos quieran con su figura nueva y terrorífica, causando cuantos daños se les antoja, en tanto que ellos en su existencia real permanecen tranquilamente sentados en sus casas: pero si la víctima elegida tiene la envidiable fortuna de encontrar un sabio anti-hechicero, sólo debe disparar con certero pulso contra la temible fiera, y si acierta el hombre por ella en misteriosa forma representado perecerá... Otras veces, y esto es lo más frecuente, labran una figura cualquiera, y llamando al influjo pernicioso, lo encierran en ella por tiempo indefinido. Es, como vemos, la última palabra, la no soñada perfección del hechizo.

Pueden también dañar enviando enfermedades, pero en este caso al igual que los precedentes puede el anti-hechicero ser consultado con provecho: en su espejo mágico verá la imagen del culpable y lo manifestará á la víctima: sabe también quien robó el objeto perdido, indica cómo y dónde podrán encontrarlo...

En nuestra mísera existencia todos los males tienen su remedio: lo cual es no pequeño consuelo.

Convencidos los negros de esta verdad, admiten que juntos con las perniciosas influencias superiores, existen en la naturaleza otras escondidas que sirven para el bien.

Y veneran múltiples fetiques protectores de pueblos, de casas, de campos ó personas: fetiques que cuidan de rechazar al enemigo, que impiden las enfermedades, que proporcionan abundante caza, indican la manera de captarse las simpatías de los blancos, conceden numerosa familia, enseñan á robar sin peligro de ser cogido. Y estos fetiques pueden ser un árbol, una piedra, un cuerno, un puñado de pólvora, pero generalmente son una amalgama de múltiples objetos.

Difícil es fijar en cuanto antecede la línea divisoria entre la superstición, la religión y la ciencia. Es innegable que en la naturaleza existen cosas que poseen una *virtud escondida*: ejemplo: la raíz de la ipecacuana esconde la virtud de causar vómitos. Mezclando *secundum artem* cinco ó seis drogas distintas, los doctores de la facultad de París pretenden obtener tal ó cual resultado... Pues bien, lo mismo hacen los negros del Africa, pero con mayor perfección: mezclan, por ejemplo, diversas materias, y forman un remedio que les hace invulnerables en el combate; otro que les permite andar sin cansarse; otro que no se contenta curando sino que previene las enfermedades... Pero en lo esencial el procedimiento es el mismo: la única cuestión es el más ó el menos. Los médicos objetarán diciendo que las drogas de los salvajes no producen efecto alguno: es posible, pero ¿y las vuestras, queridos doctores?...

Fetiques, amuletos, remedios, venenos y contravenenos, todo reconoce igual origen: las fuerzas secretas reales ó imaginarias de la naturaleza. Solamente que

no todo el mundo las conoce, y si los blancos tienen su ciencia ¿por qué los negros no han de tener la suya?

Felix qui potuit rerum cognoscere causas!

Al mismo principio debe referirse también el sentimiento que tienen todos los pueblos de la *justicia inmanente*, y al cual son debidas las múltiples pruebas cuyo único fin es evidenciar al culpable: la ofrenda del fuego, del agua hirviente, del veneno, etc. Desgraciadamente bajo la capa de pretendida justicia, cometen las mayores injusticias, satisfacen sus más atroces venganzas, quedan impunes los más importantes robos, y aumenta la degradación y se perpetúan los odios salvajes. Pero el abuso que los hombres puedan hacer de la justicia no logrará destruirla ni pervertirla, y á lo menos indica que recuerdan su existencia.

Todo y siempre es muy parecido ó casi igual á cuanto entre nosotros sucede...

(Se continuará).

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

X

Poros-Saru

19 de Junio

KUTORCKE, el dueño de la casa donde nos albergamos, es quien nos sirve de guía. Sentados sobre hermosos corceles avanzamos entre los campos inmensos que viven sumidos en las imponentes calma y majestad de las regiones desiertas.

Sirviéndonos de una balsa cruzamos el Piratori, y otra vez entre arbustos gigantes y robles seculares, cubierta la tierra de flores de *hagi* (luzerne ligneuse), seguimos avanzando, y las once de la mañana serían cuando llegamos á Poros-Saru.

Pueblo que sólo por ser más pequeño se diferencia de Piratori: iguales las casas, igualmente dispuestas, iguales los trajes, la figura, la manera de ser de sus habitantes.

Nos dirigimos á la vivienda del jefe, siendo recibidos con exquisita amabilidad. La mujer y los hijos reunidos en un ángulo de la sala guardan silencio, testificando su timidez. Los sirvientes preparan la comida; y en tanto el jefe para obsequiarnos manda traer una tinaja llena de vino de arroz, que bebe después de las supersticiosas plegarias que la tradición prescribe.

Visitamos todo el pueblo. Dentro cajas de madera sostenidas por altas estacas, vimos dos osos que esperaban el tiempo del sacrificio. Pero las negras nubes que cubrían el cielo anunciaban próxima lluvia, y saltando sobre nuestros caballos, y despidiéndonos agradecidos del jefe aino, abandonamos á galope tendido el pueblo de Poros-Saru.

Seguía la lluvia cayendo con fuerza, pero confiando en las buenas piernas de aquellos potros hermosos, incansables, semisalvajes, corriendo por senderos estrechos y atajos imposibles, salvamos á escape las cinco leguas que distábamos de la capital salvaje.

La última velada de las pasadas entre los ainos es digna de especial mención. Les anunciamos que al clarear la aurora del siguiente día debíamos partir. El padre y la familia toda quiso significarnos su afecto y agradecimiento entonando en honor nuestro alguna popular canción.

XI

La música y la poesía entre los ainos

Rudimentario es el conocimiento que del arte musical tienen los ainos. Poseen un solo y muy primitivo instrumento llamado *mukhuri*. Consiste en una caja armónica rectangular, en cuya superficie exterior levanta una astilla en forma de lengüeta. Al arranque de la astilla atan un hilo que el artista sostiene con los dientes, y pulsa al compás que murmura un melancólico cantar.

Dos ó tres muy parecidas melodías sirven de tema á todos los cantares ainos. Estos tienen por argumento cualquier suceso próspero ó adverso, un viaje, una muerte, un casamiento, un nacimiento, todo es materia apta para sus cantos, que improvisan y adaptan á la melodía monótona.

Transcribo á continuación la leyenda que canta el aino al nacer en el cielo azul las estrellas pálidas, cabe los flameantes tizones que alegran el hogar.

Leyenda de una mujer aina

Hace tiempo, mucho tiempo, que sentada cerca una ventana bordaba una mujer aina.

En el pretil de la ventana de la choza veíase una olla grande llena hasta los bordes de vino de arroz, sobre el cual descansaba indiferente un largo palito (1).

Y el largo palito danzaba sobre la tinaja.

Explicación

¿Creéis que el poderoso dios, creéis que el verdadero dios no lo veía?

La tierra de los ainos sufrió el azote horrible del hambre aniquiladora: los ainos morían por falta de alimentos: tomaron el último puñado de arroz y un poco de mijo que les quedaba: hicieron vino (el de la tinaja).

(1) Instrumento parecida á un cortapapeles y que sirve á los ainos para levantarse el bigote cuando beben.

El poderoso dios tuvo piedad de nosotros, y para que nuestros padres no perecieran crió el ciervo y los peces.

Y el poderoso dios tuvo piedad de nosotros, y mirando este país vió que en verdad era horrible el hambre en el país aino, y que los ainos no tenían de que comer.

Entonces el vino de la tinaja fué distribuido en seis copas de laca.

Y enseguida el dulce aroma del vino llenó toda la casa.

Y los dioses todos corrieron y vinieron de los más lejanos é ignotos confines del horizonte.

Y les gustó mucho el delicioso vino.

Las diosas de las orillas y las diosas de las desembocaduras de los ríos danzaron en el interior de la choza.

Los dioses todos movieron sus labios con bella sonrisa, y acabaron por reír á carcajadas.

Y mientras admiraban el danzar de las diosas, estas arrancaron dos cabellos á un gamo.

Luego con poderoso soplo los empujaron á las cimas de los montes, y de súbito surgieron ejércitos de gamos saltando alegres por las cimas de los montes.

Ellas, las diosas, robaron también dos escamas á un pez, y con poderoso soplo las empujaron hasta los ríos, que pronto se admiraron poblados de peces...

Así fué como los seres llamados peces llenaron los ríos de nuestro país.

Desde entonces los ainos salen á la pesca y hacen danzar sus barcas sobre las aguas tranquilas.

Los jóvenes encuentran siempre peces y venados.

Y desde entonces la tierra de los ainos es encantadora y poblada. Y desde entonces los ainos se consagran á la caza (1).

La mujer del dueño de la choza improvisó á continuación este cantar que nos dedicó:

«Los extranjeros de larga barba roja han visitado el país de los ainos.

«Vinieron de la gran ciudad (Hakodaté) para visitarnos.

«Vinieron á decirnos cosas hermosas: secretos de la vida futura.

«Bello, muy bello fué lo que dijeron.

«Demos gracias á los dioses por tan grande beneficio.

«Dios poderoso, conserva su salud, vela para que sean siempre felices.»

Al despertarse el alba del siguiente día nos dirigimos á Oruika y Mukawa, donde teníamos la casi totalidad de nuestro equipaje.

Al salir de la metrópoli aina tristeza profunda embargaba nuestros corazones. Nos despedíamos de una raza que muere, de un pueblo estacionario reducido á la impotencia para todo lo grande, y á condición semejante á la del bruto por la embriaguez y el vicio en general; raza que olvidó su pasado y para quien no guardan sueños ni esperanzas el desconocido porvenir.

Al caer la tarde del 23 de Junio vimos extenderse ante nosotros Uragawa, pueblo japonés. Llegamos á él, nos albergamos en la posada que pudimos, pues en la primera nos dijeron estaban llenos todos los aposentos,

y sitiados por los efectos de fuerte tempestad debimos permanecer tres días donde sólo deseábamos pasar uno.

El día 27 un bonzo que supo nuestra llegada vino á visitarnos.

Con el Ilmo. Berlioz sostuvieron larga discusión filosófica, durante la cual el bonzo expuso su moral de la siguiente manera:

«No tomo parte en las discusiones, dijo, creo que antes que encolerizarse es preferible dejar hacer. Como miserablemente. Cultivo la tierra. No busco querellas. Guardo fielmente los cinco mandamientos de Shaka Muni. Los ricos vestidos, valiosos adornos y bellos tocados de los demás bonzos, son cosas muy vanas. La felicidad no radica en lo exterior sino en el corazón. Hasta la fecha no he gozado en este mundo una sola alegría verdadera...»

Nuestro bonzo pertenecía á la secta de los Zen. Esta secta es una de las grandes ramas del buddismo propagada en el Japón durante los siglos X ó XI (?) Es notable por su sencillez y elisión de todo ornato en el templo. Sus discípulos, como hemos visto, afectan gran desprecio al lujo y á cuanto sea vana ostentación exterior. Las múltiples sectas buddistas originarias de la China, al establecerse en el Japón hicieron con aparatoso lujo: ídolos recamados de oro, ricas pinturas, artísticas imágenes, inmensos parques, magníficos altares, suntuosos ornamentos. Los Zen resistieron aquella avalancha de oro y lujo destructor, y queriendo protestar de tanta pompa, despojáronse de estos ornamentos que creyeron frívolos y restauraron la primitiva austeridad.

No contentos con restaurar el culto antiguo quisieron también restaurar la doctrina. Las enseñanzas de Buddha desarrolladas y comentadas por sus discípulos llegaron á constituir un complicadísimo sistema, contenido en un sin fin de volúmenes no sólo indigestos sino también incomprensibles. Los Zen redujeron el número y simplificaron la exposición. De una plumada declararon inútiles ochenta y cuatro traducciones y doctrinas de las palabras de Shaka sustituyéndolas por la contemplación, afirmando que todo mortal puede auxiliado de su propia reflexión comprender directamente el pensamiento de Buddha. A partir de esta fecha, la escritura y la tradición fueron palabras inútiles para los sectarios del Zen.

Exponen su doctrina de la siguiente manera:

«Cuando el bienaventurado Shaka tomaba parte en la reunión celebrada en lo más alto del Pico de los Buitres, llegó el rey celeste, y ofreciendo á Budha una flor cuyos matices eran los matices del oro, le rogó quisiera enseñar la ley. El bienaventurado tomó la flor, la retuvo en sus manos, pero no pronunció una palabra. Nadie de los reunidos comprendió el simbolismo de aquella acción. Mahahasyapa, el venerable, fué el único que sonrió. Al verle Shaka le dijo:

«—Yo poseo el maravilloso pensamiento de Nirvana, el ojo de la verdadera ley, que ahora voy á transmitir.

«Así fué enseñada la doctrina del pensamiento transmitida por el pensamiento (1).»

(1) Batcheler, *Ainu of Japan*.

(1) Greffis: *Religion of Japan*.



MU ZIMU cerca de un baobab. Dibujo del Ilmo. Le Roy

(Pág 82)

¡Bravo! Fundándose en puerilidades parecidas á la que antecede, viven la vida intelectual millones y millones de seres racionales, pobladores de las numerosas regiones del Extremo Oriente. A mi entender los *Zen* no han simplificado ni abreviado lo que debían: para completar su obra era menester hicieran caso omiso del indigesto fárrago de extraños sueños, incomprensibles aun por el más ilustrado budhista, y no dejarse alucinar por sonoras palabrerías é imágenes brillantes. Shaka-Muni, si es verdad que existió, fué moralista y filósofo no desprovisto de talento y profundo conocedor del corazón humano. Su doctrina, al igual que todos los sistemas filosóficos, tiene su parte lógica, pero confundida con un sin fin de inconcebibles absurdos. Será, si se quiere, un moralista de la talla de Sócrates y Platón, pero de aquí no pasa. Al tratar el gran problema del destino, no satisface la razón humana mejor que estos grandes filósofos de la antigüedad, que tan poco logran satisfacerla.

El Ilmo. Berlioz esforzóse para lograr que entre las densas tinieblas que rodeaban el alma del pobre bonzo, brillara la refulgente luz de las verdades cristianas.

Hablóle de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma, de la personalidad humana, de Jesucristo y de su Iglesia santa. Expuso con elocuencia y claridad cuanto enseña la doctrina cristiana, á propósito para que renazca en las almas la confianza y esperanza salvadoras.

Quiera Dios que estos gérmenes de verdad arraigen y fructifiquen en aquella inteligencia descarriada.

Continuaban los días serenos, de brisas suaves que ahuyentan las parduzcas nieblas que ocultan los últimos bellos confines del horizonte y de la mar azules. Las fuertes avenidas de los ríos nos obligaban á permanecer en Urugawa. Deseando gozar de hermoso panorama, de la vista de porción inmensa de estos cielos y tierras que cantan al unísono las glorias del Señor, subimos á la más alta de las cercanas colinas, para admirar la tierra lozana, fresca, regenerada por las últimas lluvias, la mar inquieta, rugidora siempre batiendo incansable el muro de arena en que siglos y siglos su gran enemiga, su cruel carcelera, la tierra, le guarda encerrado burlando su fiero poder... y hasta nosotros llegaban los rugidos de impotencia que llevados por las brisas marinas nos parecieron tristes suspiros del coloso que lloraba su prisión...

(Continuad.)

BIBLIOGRAFÍA

Dos caminos, epístola moral á José, por D. Aureliano Estrany y Torrent, Pbro., segunda edición.—La obra se divide en tres libros, y cada libro en tres partes. Es el libro primero hermosa serie de excelentes avisos muy prácticos para salvar al joven de los múltiples peligros con que mundo, demonio y carne intentan apartarle de su verdadero y único fin. El segundo contiene expuestas con sencillez y claridad las prácticas cotidianas, las propias de domingos y fiestas de guardar, y las anuales, hermosos eslabones de la cadena que une las almas al camino de la eterna felicidad. El libro tercero demuestra las verdades fundamentales de nuestra santa fe: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la divinidad de Jesucristo; prueba que la Religión católica es la única verdadera, la necesidad del castigo eterno y la existencia del purgatorio, y luego expone las excelencias del culto y la sin par nobleza que al hombre comunica la religiosa observancia. Este sucinto resumen y la brevedad con que se agotó la primera edición, muestra la bondad del libro que nos ocupa, y que bien quisiéramos ver en manos de todos los jóvenes, para que, armados con sus enseñanzas santas, resistieran inquebrantables las sediciones del mal.

El Patriarca San José, esposo de María Santísima, según la Venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda, por el Padre Fr. Mariano Fernández, de la Orden de Frailes Menores.—El solo nombre del antiguo director del *Eco Franciscano*, hoy residente en Roma, cerca del reverendísimo Padre ministro General de la Orden citada, será para los católicos españoles, entre quienes sus obras piadosas lo han hecho popular, la mejor recomendación y merecido elogio de la Vida de San José. La *Mística Ciudad de Dios*, gloria de la literatura castellana, es la obra de donde el P. Fernández ha entresacado lo mucho y bueno que de

la vida íntima del Santo Patriarca contienen, con unción y elegancia inimitables, las numerosas páginas de los célebres escritos de la que es honra de Agreda. Léase con atención y devoción el nuevo libro, manantial inagotable de consoladoras aguas destinadas á producir en las almas las santas virtudes cristianas: en él aprenderán el célibe, el casado y el padre, á admirar é imitar el modelo más perfecto de todas las virtudes propias de sus respectivos estados, modelo grabado con admirable perfección, y que no se limita á copiar el exterior del Santo en sus relaciones con la Sagrada Familia y la sociedad, sino que éntrase en su corazón y estudia su alma grande, retratando para admiración del pueblo fiel los admirables sentimientos que atesora.

Una larga introducción acerca del culto que á través de los siglos han rendido los católicos al Santo Patriarca, y varias extensas notas que honran la erudición teológica del autor, completan la obra de trescientas páginas, que adornan numerosos grabados, y que no dudamos contribuirá muy mucho á secundar los deseos del Papa reinante, fomentando el culto al que es glorioso Patrón de la Iglesia universal.

—*—

Clamores de Ultratumba.—La sola lectura del título indica claramente la materia del último libro del docto exdefinidor franciscano M. R. P. Fr. José Coll. Cuanto se refiere á los últimos momentos de nuestra actual perecedera existencia, desde la recepción de los últimos Sacramentos, disposiciones testamentarias, auxilios á los moribundos, tentaciones de los agonizantes, juicio particular, hasta la vida del alma en el purgatorio, todo encuéntrase expuesto con docta claridad, con exacto conocimiento y profunda teología. Las penas de sentido y de daño, las cuestiones todas que sobre los padecimientos de las benditas almas se refieren, los consuelos todos que aquellas esperan de los vivos, un muy extenso análisis de los sufragios, etc., etc., todo se encuentra reunido en ese tomo de seiscientas y más páginas, que es para los sacerdotes excelente caudal de materias predicables, y para los fieles en general, y en particular para cuantos la reciente pérdida de seres queridos dejó en triste dolor, excelente lectura espiritual que les enseñará cuanto deben hacer en bien de los que ya no son de este mundo, y consolará sus tristezas con el suave bálsamo de la cristiana resignación. Dudamos exista tratado más completo que el publicado por el P. Coll, y nos complacemos recomendándolo muy de veras, pues él enseñará á los fieles de nuestros días mucho de lo que antes era de todos conocido, y hoy vive escondido, casi olvidado, entre el sin fin de errores y absurdos admitidos por no pocos en los actuales desgraciados tiempos de ignorancia religiosa.

—*—

Agradecemos el envío de la *Memoria y cuenta general del Centro y Caja de Ahorros escolar dominical de Obreros de Pamplona*, correspondiente al ejercicio de 1899, y cuyos datos muestran el floreciente estado de tan benéfica obra.

—*—

La Escuela neutra oficial ante el derecho natural y el derecho público, por D. Narciso Sicars Salvadó.—La *Academia Calasancia*, establecida en las *Escuelas Pías* de Barcelona, celebró el 13 de Noviembre de 1898 solemne certamen científico literario en honor de San José de Calasanz, y en celebración del centenario de su santa muerte. Entre los muchos temas, para cuyo mejor desarrollo se ofrecían valiosos premios, figuraba el que sirve de título á la Memoria del Sr. Sicars, tema propuesto y premiado por el Emmo. Sr. Cardenal arzobispo de Toledo, D. Ciriaco María Sancha. Completa es la monografía que el entonces alumno de las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho de esta Universidad, desarrolla con brillante lucidez y notable erudición.

En dos partes puede considerarse dividido el presente trabajo del joven polemista católico: la primera explica el concepto y trascendencia de la escuela neutra; demuestra la necesidad de que el hombre profese la verdadera Religión perfeccionadora de la humana inteligencia; afirma que cuantos frecuentan escuelas, deben en ellas recibir completa instrucción religiosa, sin la

cual es imposible la verdadera educación; y con fehacientes datos prueba que la escuela neutra en la imposibilidad de mantenerse tal se convierte en anticatólica, pues es inadmisiblemente absurdo pretender suprimir la Religión en la más sucinta exposición de cualquier ciencia.

La segunda parte evidencia el derecho de la Iglesia á intervenir en la enseñanza; reconócele el de crear escuelas propias, y en hermoso cuadro histórico presenta su benéfica influencia educadora de las antiguas naciones europeas. Dice es deber del Estado proteger la enseñanza religiosa: consagra un capítulo al examen especial de este deber en España, y acaba y completa la laureada Memoria presentando las Corporaciones religiosas como antidoto contra la enseñanza neutra y entidades las más aptas para la educación de la juventud.

Bien quisiéramos analizar uno por uno los muy interesantes capítulos que someramente dejamos anunciados, pero nos lo impide el escasísimo espacio de que puede disponerse en una ilustración mensual: nos limitaremos, pues, á enviar á nuestro buen amigo y distinguido ex-condiscípulo D. Narciso Sicars y Salvadó la felicitación más sincera, que gustosos sumamos á las muchas y más elocuentes que la casi totalidad de la prensa periódica, con unidad que prueba la valía de la obra, ha venido dedicándole estos últimos días.

—*—

Hemos recibido, y mucho agradecemos, un ejemplar encuadernado de la segunda edición de la *Nueva Semana Santa* editada por los acreditados Talleres Salesianos, establecidos en el vecino pueblo de Sarriá. Su reducido tamaño y la mucha claridad de la letra del texto hácenla muy á propósito para guiar á los fieles durante las próximas religiosas festividades.

—*—

La conocida casa González y C.^a, editores pontificios, nos ha remitido los últimos cuadernos publicados de las *Obras jocosas de Quevedo*. Recomendamos una vez más la artística publicación.

M. C. y G.

CRÓNICA

Filipinas.—De la importante *Revista Católica* que se publica en *Las Vegas* (Estados Unidos-Nuevo Méjico), copiamos los siguientes párrafos que excusan todo comentario:

«*La campaña filipina.*—Oigamos cómo se explica el voluntario Paul Roberts, de la octava compañía del Regimiento de Washington en carta que ve la luz en el *North American* de Filadelfia:

«Queridos amigos: Es algo peligroso este oficio de la guerra, «pero ya me va gustando. La semana pasada recorrimos unas «veinte millas y matamos la mar de negros. Se saquea y quema «cuanto se encuentra. Pude haber tomado bastante botín para «llenar media Filadelfia; pero la rapidez y longitud de las marchas no permiten llevar demasiada carga.

«Otro individuo y yo recibimos orden de incendiar el poblado «y ardieron como dos mil casas. Por cierto que me divertí rompiendo espejos, candelabros y otros objetos de adorno. Os digo «que la guerra es bella cosa, salvo el peligro de morir. Destruir, «incendiar, matar... una vez puestos á ello se os enciende la sangre y no se os importa de nada; os volvéis locos y hacéis todo «el daño posible.

«Estamos acuartelados en una gran iglesia, perteneciente á un «antiguo monasterio. ¡Qué diferencia entre entonces y ahora! Da «gusto los soldados vestidos en traje sacerdotal, jugando y blasfemando. Y por todas partes niños y mujeres gritando al ver «sus moradas reducidas á escombros. Duro es pelear contra la «razón; pero hay que respetar al Tío Samuel.»

«*Hechos humanitarios.*»—«Los únicos filipinos buenos son los filipinos muertos,» escribía á uno de sus amigos el sargento mayor T. W. Lemon, del primer regimiento de voluntarios de Wá-

hington en Filipinas. Luego le comunicaba el siguiente edificantísimo pormenor, que traducimos del *Ave María*:

«Cuando la caza era más abundante, y los soldados trocaban «en buenos filipinos gran número de nativos, he aquí que las miradas de uno de ellos (*los soldados*) se dirigieron á un matorral. «Colocándose cautelosamente por entre las zarzas, sorprendió «á un cura que se estaba poniendo ó arreglando la sotana. No se «hizo con él gran gasto de palabras. Los que examinaron el cadáver dijeron que en el cuerpo había veintiocho agujeros causados por otras tantas balas.»

«Ese cura debía ser el capellán de los que peleaban por su independencia; ¿y desde cuándo sería un hecho «humanitario» matar á un inocente capellán, y matarle de un modo tan despiadado? ¿Hubieran hecho eso los bárbaros españoles?»

«Abí va también lo que, según el *Southern Messenger*, escribía un capitán de Pittsburgh desde Manila: «Los habitantes son un «conjunto de gente despreciable. Usted no se forma una idea de «lo ansiosos que estábamos todos de matarlos. Los despachábamos cual si fueran ratas ú serpientes, y no sentíamos por ello ni «el más mínimo remordimiento.»

«Tampoco sabemos cómo conciliar ese encarnizamiento y ese empedernimiento con el «humanitarismo» de las operaciones del ejército americano en Filipinas.

«Si tales detalles vinieran de los rebeldes, á fe que no se creerían, por más que se hayan creído ciegamente todas las atrocidades atribuidas á los frailes por esos mismos rebeldes. Pero son soldados americanos, son oficiales americanos los que envían á la madre patria pormenores tan horripilantes. Luego hay que creerlos y deplorarlos, y cubrirse la cara de vergüenza.»



Tierra Santa

Jerusalén y los Lugares Santos



NOTAS
DE UN VIAJERO

OR los alrededores de Jerusalén no se admiran campos cultivados ni jardines ni huertas, ni un bosquecillo siquiera: el desierto, siempre el desierto con su melancolía y esterilidad.

La ciudad que se manchó] derramando la sangre del Hombre-Dios, está sumida en completa soledad. Ruinas se ven doquier, y las calles oscuras, tortuosas y obstruidas, se prolongan subiendo y bajando por entre el pobre y miserable caserío.

Los Religiosos franciscanos, guías caritativos de los viajeros, os conducen á través de tales desolaciones y os encaminan al Calvario, haciéndolos seguir

LA VÍA DOLOROSA

Calle que fué la que siguió Nuestro Señor, cargado con la cruz, entre una escolta de alguaciles, desde la casa de Pilatos hasta la cima del Gólgota.

Mide la Vía Dolorosa cerca de mil doscientos pasos, y termina en la puerta de

LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO

Esta iglesia corona el Calvario. Es más bien una reunión de iglesias que un solo templo. Se reconoce allí fácilmente la obra de los siglos.

La forma general del edificio es la de una cruz latina; tiene una rotonda al Occidente; al Este, una especie de coro, y galerías transversales al Norte y al Sud, con dos naves en la extremidad de cada una de ellas, una de las cuales se abre sobre las numerosas capillitas que aparecen en circunferencia.

En el centro de la rotonda está el túmulo de Nuestro Señor Jesucristo. Para los cristianos, la iglesia del Santo Sepulcro es la más venerable del mundo; y ella, en cierto modo, resume á Jerusalén, pues allí se encuentran, próximos unos á otros, los mayores santuarios del Cristianismo: el Calvario, el Santo Sepulcro, la Piedra de la Unción sobre la que fue puesto el cuerpo del Crucificado, además de la prisión de Cristo y la columna de la flagelación; y después los diversos lugares de la Pasión: la capilla de la Desnudación, de la Crucifixión, de la Aparición de Cristo á su Madre y á María Magdalena.

Es, pues, á esta iglesia á donde debe ir y á donde va, antes que todo, el que visita Jerusalén.

La primera vez que yo entré en la iglesia del Santo Sepulcro, fué por la tarde; los Padres Franciscanos acababan de cantar Vísperas, y con una vela de cera amarilla en la mano, iban procesionalmente recorriendo en oración cada uno de los santuarios.

El acento melancólico de los cantos sagrados, las grandes voces del órgano, el místico perfume del incienso, transportaron mi alma bien pronto á las esferas de lo inmaterial, predisponiéndome así para los sentimientos que aquella debía experimentar á la vista de los lugares santos.

Abstraído estaba, dominado de emociones que no acierto á describir, cuando me advirtió mi guía que estábamos frente á

LA COLUMNA DE LA FLAGELACIÓN

Esta columna, á la cual estuvo amarrado Cristo cuando lo azotaron, fué partida en dos. Una parte fué llevada á Roma, esa heredera de Jerusalén que posee tantas reliquias de la ciudad santa. La otra parte es la que está en la iglesia del Santo Sepulcro, pero asimismo no se ve.

Obedeciendo á un sentimiento de respeto, los Padres Franciscanos han cubierto el trozo con una envoltura metálica que no deja verla. Una especie de bastón de bambú, sujeto á la base de aquel monumento por una cadena de hierro, penetra por un agujero hecho á la envoltura metálica; es por este medio que los peregrinos tocan la columna.

Déjase la columna de la flagelación y se sigue para

LA PRISIÓN DE CRISTO

Esta prisión no es sino una concavidad de cuatro ó cinco metros. No tiene puerta. Jesús estuvo ahí algunos instantes, mientras se concluían los preparativos para el suplicio. Fué allí cerca que los soldados le despojaron de sus vestidos y echaron á la suerte su túnica sin costuras, la cual no quisieron despedazar.

LA COLUMNA DEL ULTRAJE

Ahí está transportada, cerca de la prisión.

Fué sobre esta columna de piedra que hicieron sentar al Redentor cuando le colocaron la corona de espinas sobre la ensangrentada cabeza y entre los brazos la caña irrisoria.

Ahí estaba yo meditando cómo aquel mismo que los judíos no quisieron para Rey, una vez desprendido del patíbulo infame, es saludado Rey del mundo; cuando repentinamente una voz juvenil y pura, fresca y de agradable timbre, retumbó en la bóveda sonora, cantando *Vexilla Regis prodeunt*: «Los estandartes del Rey avanzan.»

Es la entrada del magnífico himno conocido en la liturgia católica por de la Pasión. En todas partes es él siempre bello y patético, mas ¡cuánto más arrebatador parecióme en ese momento, en los propios lugares donde se cumplieron los misterios que celebra!

Pero... reanudaré el relato, pues tengo ya frente á mí

EL CALVARIO

Como se sabe, la cruz fué clavada en la cumbre del Gólgota. La cima de este monte está coronada por una capillita; dos gruesos pilares sustentan su bóveda y dividen sus dos arcadas.

La arcada de la izquierda ocupa exactamente el espacio que ocupó la cruz.

Las paredes de la capilla están hoy cubiertas por una rica ornamentación, que ha producido una singular alteración en el estado primitivo de aquel lugar. Me habría gustado más que se mostrase este sitio terrible y salvaje, tal cual era hace diecinueve siglos, cuando se realizó la gran obra de la Redención del mundo. Pero el ardiente deseo de expresar el respeto decorando ricamente todo aquello, ha llegado hasta cubrir con una lámina de plata una grieta de doce á quince metros de largo que se produjo á raíz del temblor de tierra que acompañó al último suspiro de Cristo. Removí con mis propias manos esa lámina de plata, y á través de la grieta hirió mi vista el interior de una cripta ó concavidad; pero estaba vacía y no mostró otra cosa que las entrañas de la tierra. Esta cripta, de aspecto triste y frío, llámase

LA CAPILLA DE ADÁN

Refiere una tradición que el padre del género humano, expulsado del paraíso fué á morir á Judea, siendo sepultado sobre el Gólgota, en el mismo lugar donde se levantó más tarde la cruz del Salvador. Cuando las profecías se cumplieron, en el momento en que el Hombre-

Dios expiró, la sangre del Redentor, absorbida por la tierra, fué á bañar los viejos restos del más antiguo de los pecadores; y del mismo modo que todos habíamos sido perdidos por Adán, fuimos también en él purificados y rescatados.

Es, como se ve, una tradición hermosa.

LA PIEDRA DE UNCIÓN

Cuando el cuerpo del Crucificado fué descendido del suplicio, fué entregado, por orden del príncipe de los sacerdotes y del gobernador romano, á dos hombres cuya aflicción por las penas de Cristo no había hecho disminuir la muerte: Nicodemus y José de Arimatea.

Sobre esta piedra extendieron el cuerpo, sobre ella le ungieron con perfumes y le regaron con sus lágrimas.

La piedra de unción es una roca del Gólgota, cuya superficie está aplanada. Está—diremos así—enchapada con mármol amarillo.

EL SANTO SEPULCRO

Da su nombre á todo el templo y ocupa el centro de la rotonda.

Al principio era una simple gruta cavada en la roca viva. Mas el exterior de la roca ha sido modificado: descúbrese tierra en rededor, y la gruta de otrora está hoy convertida en un pequeño edificio perfectamente separado de la montaña, la cual sólo le sirve de base. Está revestido de mármol blanco, con galerías y cornisas, esculturas y columnatas. Todo esto, indudablemente, presenta cierta elegancia; empero, ¿no agradaría más ver tal cual era la hendidura primitiva en que Jesús durmió el sueño de su corta muerte, aguardando el glorioso despertar de su resurrección?

El interior del Santo Sepulcro está dividido en dos compartimentos. El primero sirve de entrada y de vestíbulo. Jesucristo fué colocado en el segundo, sobre una proeminencia de la roca que forma una especie de mesa.

Ahí permaneció, como dice el Evangelio, un día y dos noches.

Una pequeña piedra separaba las dos divisiones del sepulcro.

Había sido sellada ésta con el sello del príncipe de los sacerdotes. Cuando en la mañana del domingo, las santas mujeres fueron al túmulo, hallaron la piedra levantada, el sepulcro vacío y un Angel vestido de plata que les anunciaba la Resurrección.

Concluiré estos apuntes con dos palabras sobre

EL MONTE DE LOS OLIVOS

Es el más alto de los montes que circundan á Jerusalén. Presenta tres colinas paralelas en dirección de Norte á Sur: fué sobre la del medio que Jesucristo operó su gloriosa Ascensión, dejando impresas en una roca las huellas de sus piés, como atestigua San Jerónimo que lo viera, y otros Padres.

X. X.

AÑO DE 1900

LA HUÉRFANA

M. BOURDÓN

(Continuación)

—Respecto á eso, señorita, no participo de su opinión, porque mi tía es caprichosa, y aunque le he prestado un buen servicio, posible es no sepa agradecerlo.

Teresa guardó silencio, conociendo que aquel joven podía fundadamente dudar del agradecimiento de su tía, y esperando se despidiera; pero en vez de retirarse examinó con libertad los muebles de la sala, y observando que estaba revestida de maderas esculpidas como en tiempos antiguos, y que en aquellas ensambladuras podían ocultarse armarios y cajones secretos, dijo á Teresa:

—¿Es esta la sala de los escondrijos? ¿Qué vive tras de esas puertas? ¿Dinero en abundancia? Aquí será donde mi tía oculta sus riquezas.

—No, señor, respondió Teresa con sonrisa tranquila. En esos armarios hay ropa, porcelanas y nada más.

—El tesoro lo guardará en otra parte, en su dormitorio quizás. Mi tía pasa la vida contemplando dinero como una mujer egoísta. Este dinero, que ella oculta, ¡cuán útil podría ser para la felicidad de otros! ¡Tal vez de V., señorita!

—¿De mí? Caballero, puedo asegurar que no tengo pretensión alguna al caudal de mi tía, importe lo que importare.

—Pues yo no soy tan desinteresado. Mi padre es el más próximo pariente por parte de madre, y si por cualquier capricho muriera sin testamento, me alegraría mucho de que entrase en mi casa ese río de oro y plata.

—Pues lo deseo de todo corazón, dijo Teresa sonriendo.

—Usted lo toma bromeando, pero merece ser considerado en serio. La pobreza es odiosa. El pobre se parece á Tántalo, muriendo de sed y viendo el agua cerca de la boca.

—No siempre es exacta la comparación, porque hay quien se contenta con algunas refrigerantes gotas.

—Pues ni mi padre ni yo somos de esos. Usted, señorita, puede quizás contentarse con su escasa suerte, lo cual es más admirable que fácil de imitar. Me retiro: tenga la bondad de saludar á

nuestra tía, y procure que no se incomode por lo que he hecho librándola de un muy peligroso leñador. A Dios, señorita.

Y salió dejando á Teresa sorprendida de sus maneras desembarazadas y elegantes.

Pensando estaba en aquellos hombres que se quejaban de la pobreza, cuando llegó su tía, de humor algo más pésimo del que solía molestarla.

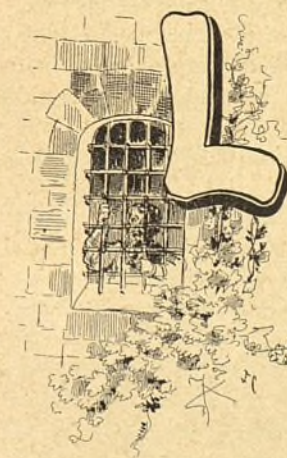
—No puedes formarte idea de las exigencias de Gaspar: quiere una pared nueva y un seto que rodee la finca. Exige ambas cosas, y cada vez que abre los labios repite como tonto: «La señora puede mandarlo hacer: sus medios se lo permiten.» He principiado por negarme: veremos después. Y aquí ¿ocurrió algo durante mi ausencia?

Teresa explicó el encargo que le había hecho Pablo. Las cejas de la Sra. Delaroche se fruncieron más y más, y exclamó:

—¡Un ladrón en mis bosques! Y ¿dónde estaba mi guarda particular? El y no Pablo debía detener al criminal. Me gustan las cosas en regla, y me parece mal que Pablo se mezcle en mis asuntos.

Así agradeció la Sra. Delaroche el servicio que su sobrino le prestara.

IX



a sumaria instruida contra el ladrón aprehendido por Pablo molestó no poco á la Sra. Delaroche. Era una causa muy sencilla, que no debía llamar la pública atención ni por la calidad del crimen ni por la defensa. Pero un joven abogado hacía su estreno, y quiso evi-

denciar sus dotes oratorias pronunciando un extenso y elocuente discurso. Bruno (así se llama-

ba el culpable) era en opinión del defensor un hombre abandonado por la sociedad, y á quien ésta no debe condenar si toma un miserable haz de leña. Expósito primero, luego mendigo, pastor, soldado, saltimbanco, vagabundo, sin profesión, sin asilo, sin instrucción, nada tenía de extraño que pensase tomar una corta cantidad de leña para remediar sus más apremiantes necesidades. «¿Qué ha hecho la sociedad, pregunta el abogado, en favor de este infeliz? ¿Qué derecho tiene la ley para castigar á un hombre, cuando no le dió á conocer sus deberes ni las prohibiciones establecidas? ¿Cómo podría este infeliz discernir lo bueno de lo malo, cuando debe considerarse moralmente ciego? La sociedad no ha sido para él una madre, sino una madrastra, y luego lo trae ante un tribunal para castigarlo por una acción que la miseria le obligó á cometer. Y este delito ¿qué perjuicio ha causado? ¿Sabéis, continúa el abogado dirigiéndose á los jurados, sabéis cuál es la persona á quien mi defendido robó algunas ramas despreciables? Pues es la Sra. Delaroche, la opulenta heredera, la propietaria de dominios que no pueden contarse, la que guarda tesoros reunidos por dos generaciones. Pues á esa princesa de *Las mil y una noches* es á la que mi cliente intentó perjudicar en el valor de un miserable haz de leña. Comparad los millones con la miseria, y dad á mi desdichado cliente lo único que tiene valor á sus ojos, la libertad.»

El abogado se limpió el sudor que brotaba de su rostro. El presidente habló bajo con sus compañeros, y el acusado continuó con la cabeza apoyada en las manos. Condenósele á tres meses de prisión, y el joven abogado fué cumplimentado por el Tribunal por su brillante estreno en los debates judiciales.

Por la noche Pablo Debrande vino á visitar á su tía, á quien encontró en compañía de Teresa, ocupadas como siempre; la tía haciendo sus solitarios con la baraja, y la sobrina remendando ropa que debía haberse desechado.

—¿Qué ha resultado de la vista de la causa? preguntó la tía.

—El reo ha sido condenado á tres meses de arresto.

—¿Tres meses?

—Y ¿no es bastante? ¿Acaso podía condenársele á trabajos forzados?

—¿Por qué no, señor mío? Los atentados contra la propiedad ¿no son los más perjudiciales? ¿no conducen á los atentados contra las personas? En otro tiempo se ahorcaba á los ladrones.

—En efecto, tía, recuerdo haber visto eso en la *Urraca ladrona*.

—Y era muy justo, y aquellas leyes inspiraban un saludable terror. Hoy por falta de castigo roba todo el mundo.

Pablo no quiso continuar la discusión, pero su tía, prosiguió:

—Tal vez no te pidiera que detuvieras á este hombre; pero, hecho ya, deseaba aplicar todo el rigor de la ley, y tres meses de prisión no me satisfacen. Comprendo que cuando un ladrón comparece ante el Jurado, todos, consultando su propia conciencia, se sientan inclinados á ser

indulgentes, pero los magistrados debieran ser severos.

—Tuvo un abogado que le defendió bien.

—No lo dudo, y ese es otro mal de la época: esa multitud de Cicerones que bacen de lo negro blanco y de lo blanco negro. El delito era patente; ¿qué defensa cabía en este caso?

—Se ha hecho mérito [de las circunstancias atenuantes; de la pobreza, la falta de educación...

—¿La pobreza? Pues ese hombre tiene buenos brazos. ¿La falta de educación? Pues yo apostaría á que por lo menos le han enseñado los Mandamientos: el séptimo no hurtar... Quisiera ver esa defensa.

La Sra. Delaroche pudo al siguiente día satisfacer su deseo. El diario de la población reprodujo por extenso el informe del joven abogado, y Teresa fué la encargada de leerlo en alta voz. Nada es capaz de pintar la cólera de la Sra. Delaroche cuando entendió que se trataba de ella.

—¿Cómo? gritó, ¿qué quiere decir este insolente abogadillo? Y ¿ha permitido el presidente que so pretexto de una defensa se burlen de una señora anciana perjudicada por un malhechor? Me quejaré al Tribunal superior; me quejaré al Gobierno. Prosigue.

Pero luego volvió á interrumpir la lectura exclamando:

—¿Es decir que soy rica, soy millonaria? ¿Que mi casa está llena de oro? ¡Esto es señalarme á todos los malhechores! ¡Esto es indigno! ¡Ser ridiculizada y expuesta á que me asesinen! ¡Porque un vagabundo me roba, debo ser entregada á las burlas de los unos y al puñal de los otros!

Teresa procuró calmarla; pero ella moviendo la cabeza, repitió:

—¡Tú no sabes los crímenes que el dinero inspira! Hablaré á Mesnil para que avise al comandante de la gendarmería que vele sobre mi casa, y también para que diga al decano de los abogados que le eche una buena reprimenda á ese chuchumeco que pretendió lucirse á mi costa.

Así se hizo; pero la Sra. Delaroche no pudo ocultar su temor, y redobló sus precauciones: se pusieron cerrojos nuevos en las puertas, y mandó que durante la noche á nadie ni por nada se abriera la puerta. Admitió un jardinero que ocupó parte de la planta baja; habilitó por dormitorio de Teresa un cuarto inmediato al suyo; y, en fin, como la precaución más importante, mandó colocar campana en la pared exterior de la casa que podía tocarse desde su alcoba y del cuarto de Teresa. Gracias á estas medidas de seguridad, y gracias también al tiempo, acabó por dormir tranquilamente, y olvidar las invectivas contra los jueces, el abogado, el vagabundo y Pablo Debrande.

X

La llegada del correo era siempre cosa interesante y esperada por la señora Delaroche, no porque la agitaran los afectos de familia, ni el afán mezcla de gozo y temor con que una madre



espera noticias de su hijo, sino para conocer cuántas y cuáles solicitudes le dirigían. Y leía las súplicas de un pobre colono que deseaba un más largo plazo; las del que pedía una reparación costosa, y las del buen cura que se humillaba hasta extender la mano para socorrer á los pobres de su parroquia, ó las de algún desdichado que pretendía socorro; triste cuadro de humanos padecimientos que exasperaban á la avarienta vieja.

—¿Es posible? «¡Señora, sois tan rica!» He aquí el estribillo de toda esa gente; pero ¿qué debo hacer? ¿Estoy obligada á socorrer todas las miserias del pueblo y de sus contornos. Se abusa de mi posición: se me imponen obligaciones. «¡Sois tan rica! ¡Podéis hacer esto y aquello!» Pues ¡ved lo que hago!

Y arrojaba al fuego de la chimenea todas las cartas peticionarias.

Teresa, mudo testigo de estas escenas, experimentaba indecible angustia cuando veía el desdén con que la anciana leía las súplicas de los necesitados. ¡Le parecía tan simpática y tan respetable la voz de la pobreza! Una mañana, no sin admiración, vió que su tía se echó á reír al acabar la lectura de una carta, y con tono burlón la dijo:

—¡A tal extremo hemos llegado! Pronto, Teresa, toma un sobre y escribe: «Al Sr. D. Adrián Debrande, calle San-Gery, Arras...» ¿Está?... Muy bien. Ahora envuelve en papel blanco estos dos billetes de cincuenta francos, escribe sobre el envoltorio: «De la señora Delaroche.» Mételo en un sobre... Cierra, y di al jardinero que lo lleve al correo. ¿Qué te asombra?

—Tía, respondió Teresa, me sorprende envíe usted dinero al Sr. Debrande, pues, según parece, no es mucho el afecto que profesa á este señor.

—No lo envío como prueba de afecto ó parentesco. Para ellos no soy parienta ni amiga; pero son pobres; el padre está enfermo, y humillan su orgullo suplicándome que les socorra. Accedo gustosa, porque esos cien francos me permiten gozar de su humillación.

Teresa no respondió. Aquella alegría cruel le hacía daño, y su pensamiento se dirigía piadoso á la casa de los Debrande, donde figurábase ver al viejo en cama sin medios para atender á su curación, y á Pablo venciendo su orgullo por atender la escasez del padre anciano. La tía adivinó estos pensamientos, y dijo:

—Tu sensibilidad se conmueve por esa familia. No vale la pena, pues ni la conoces.

En aquel momento fueron interrumpidas por una persona que con timidez saludaba desde la puerta, esperando permiso para entrar. La señora Delaroche se puso los anteojos, y dijo con sequedad:

—¡Ah! el Sr. Ravin. ¿Qué hay de nuevo? Puede entrar y sentarse.

El hombre se sentó, sin soltar de las manos el sombrero ni levantar los ojos del suelo, demostrando no poca timidez. Era viejo, y sus pobres vestidos demostraban poseía escasos bienes materiales, pero su rostro franco y simpático anunciaba un hombre honrado.

—Señora, dijo con voz ahogada, vengo... vengo por primera vez... las circunstancias desgraciadas que me rodean...



No pudo acabar, pues la Sra. Delaroche le interrumpió, diciéndole:

—¿Es para pedirme prestado?

—Señora, soy un hombre casi desesperado. Si esta noche no tengo ochocientos francos van á protestarme una letra por falta de pago la primera vez en mi vida.

—Y ¿qué pretende de mí?

—Señora, que me favorezca. Si me prestara esa cantidad, para V. insignificante, mi gratitud sería eterna, y puedo garantizarle que antes de concluir el año se la devolveré.

—Señor Ravin, me es imposible: he prometido no prestar á nadie.

—Señora, bien sabe V. que soy hombre honrado; su padre se dirigió á mí en cierto tiempo, y pude favorecerle.

—Pero se pagó, ¿no es esto?

—Ciertamente; no vengo á hacer reclamaciones.

—Bien, y ¿qué...?

El pobre Ravin calló y contuvo las lágrimas que humedecían sus pupilas.

—Señora... dijo con voz suplicante.

—Imposible, señor mío.

El recién llegado se levantó, saludó á la inhumana vieja, y retiróse diciendo:

—Dispensad que os haya importunado.

Y se fué con expresión tan triste y desconsolada, que Teresa no pudo menos de decir en alta voz:

—¡Pobre hombre!

—Otra vez en danza tu sensibilidad. Antes era por los Debrande, ahora por el señor Ravin.

—Pero, tía, ¿no hubiera podido favorecer á este desgraciado?

—Niña, ¿has oído hablar alguna vez del difunto Le-Roy?

—Nunca.

—Le-Roy era un capitalista muy rico. Todas las mañanas encontraban en la mesa de su despacho una porción de cartas pidiéndole prestado, y recibía además no pocas visitas que tenían el mismo objeto. Siempre se negaba á aquellas peticiones; pero siempre también anotaba en un cuaderno las cantidades que le pedían. Pues bien; á su muerte se vió que la suma de esas cantidades igualaba á su caudal. ¿Qué dices á esto?

—Digo, tía, que se podría escoger; que se podría señalar una parte para la caridad...

La tía se encogió de hombros, y la conversación concluyó.

XI



QUEL día era jueves, y todos los jueves tenía Teresa la piadosa costumbre de orar y meditar desde las once hasta las doce de la noche. Esta oración es conocida con el nombre de *hora santa*, y recuerda la que pasó Jesús en el huerto de Getsemaní la víspera de su Pasión. Concluía sus oraciones cuando oyó un grito angustioso, y percibió la voz de su tía, que pedía socorro. Teresa no dudó un momento; corre al cuarto de la anciana, y recordando que junto á la puerta pendía la cuerda de la campana de alarma, cogióla al pasar y tiró con fuerza repetidas veces.

(Se continuará).

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Lucio González, de Agullent. 40 ptas.
Pedro García Sinova, de Piña de Esgueva. 25 »

Última carta recibida, que atestigua una vez más la gran aceptación y eficacia del

JARABE ALMERA

Sr. D. PEDRO ALMERA.—Nerja (Málaga), 4 de Julio de 1899.

Muy señor mío y respetable compañero: En mi poder su atenta y el cajoncito con los seis botes del precioso *Jarabe Almera*: doy á V. las más expresivas gracias por su envío, que le agradezco en el alma, y en especial mi hija, que bendice á V. por su preparación.

Puede V. hacer público por todo el mundo y respondo con mi vida que el *Jarabe Almera de clorofosfato cálcico gelatinoso, con ácido fosfórico*, es el medicamento verdad que cura las afecciones óseas y corrige los defectos articulares en poco tiempo. Mi hija es una prueba que no admite duda, y espero probarlo en otros casos de la localidad tan luego como hayan visto el feliz resultado de mi niña.

No sé con qué pagarle este beneficio, pero pido á Dios le ilumine para la invención de otros preparados que hagan competencia á los extranjeros, y curen todas las dolencias para las que hoy no hay medicamento conocido.

Reciba V. sincera expresión de toda mi familia y en particular de su compañero s. s. q. b. s. m.—*Rafael González Ortega*, médico.

FARMACIA ALMERA, XUCLÀ, 21, BARCELONA



IMÁGENES.

Instituto Cristiano de Artes Decorativas.

HIJO DE JACINTO CALSINA.

CASA FUNDADA EL AÑO 1872.

Grandes talleres de **Escultura religiosa** sobre madera. **Imágenes** de talla de todas dimensiones y precios de los más económicos á las clases más artísticas.

ALTARES.—TEMPLETES.—ORATORIOS.
DE ACTUALIDAD.

ESCULTURAS DE SAN JOSE.

TALLERES, EXPOSICIÓN Y VENTA.

120, Paseo de Gracia.—BARCELONA.

Por correo, apartado n.º 189.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES

ALENTADOS POR LA FAVORABLE ACOGIDA QUE LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES Y LOS DE LA AMÉRICA LATINA han dispensado á la

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

deseando mostrar nuestro agradecimiento y corresponder á la petición de muchos nuevos suscriptores que gustarían completar las notables series de artículos publicados en las «Misiones Católicas», cedemos sólo durante los meses de Marzo y Abril y á los suscriptores de la citada «Biblioteca» los pocos tomos que del pasado año, donde empiezan las antedichas series de artículos, quedan existentes, al precio de 4 pesetas en Barcelona y 4'75 en provincias, remitiéndolo franco de porte y certificado. Para los no suscriptores el precio es 8 pesetas.

Las colecciones completas de las «Misiones Católicas» (8 tomos conteniendo más de 1,500 grabados) siguen vendiéndose á 55 pesetas.

OBRA NUEVA EL PATRIARCA S. JOSÉ ESPOSO DE MARIA SANTISIMA

según la V. Madre sor María de Jesús de Agreda, por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores. Adornado con hermosos grabados.

Precio: 2 ptas. en rústica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.

EL JUBILEO

Instrucciones y prácticas para lucrarlo

por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores, doctor en Sagrada Teología.—Contiene cuanto el fiel cristiano necesita saber para aprovechar el Año Santo. Lo adornan numerosos grabados.—Forma un elegante volumen de 300 páginas, y se vende á 1 pta. en rústica, y 1'50 encuadernado en tela. Para los pedidos: *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, y en casa los señores Corresponsales de la misma.

NUEVA Y HERMOSA ESTAMPA DE

SAN JOSÉ

á 3 pesetas ciento, y 25 el millar

Librería y Tipografía Católica, Pino, núm. 5, Barcelona.

ESTAMPAS PRIMERA COMUNIÓN

Numeroso y variado surtido de toda clase y tamaño. Completa colección de las de tamaño tarjeta propias para imprimir al dorso el nombre del que hizo su primera Comunión y la fecha y lugar donde la hizo, y ser distribuidas como recuerdo. Precios económicos.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona